

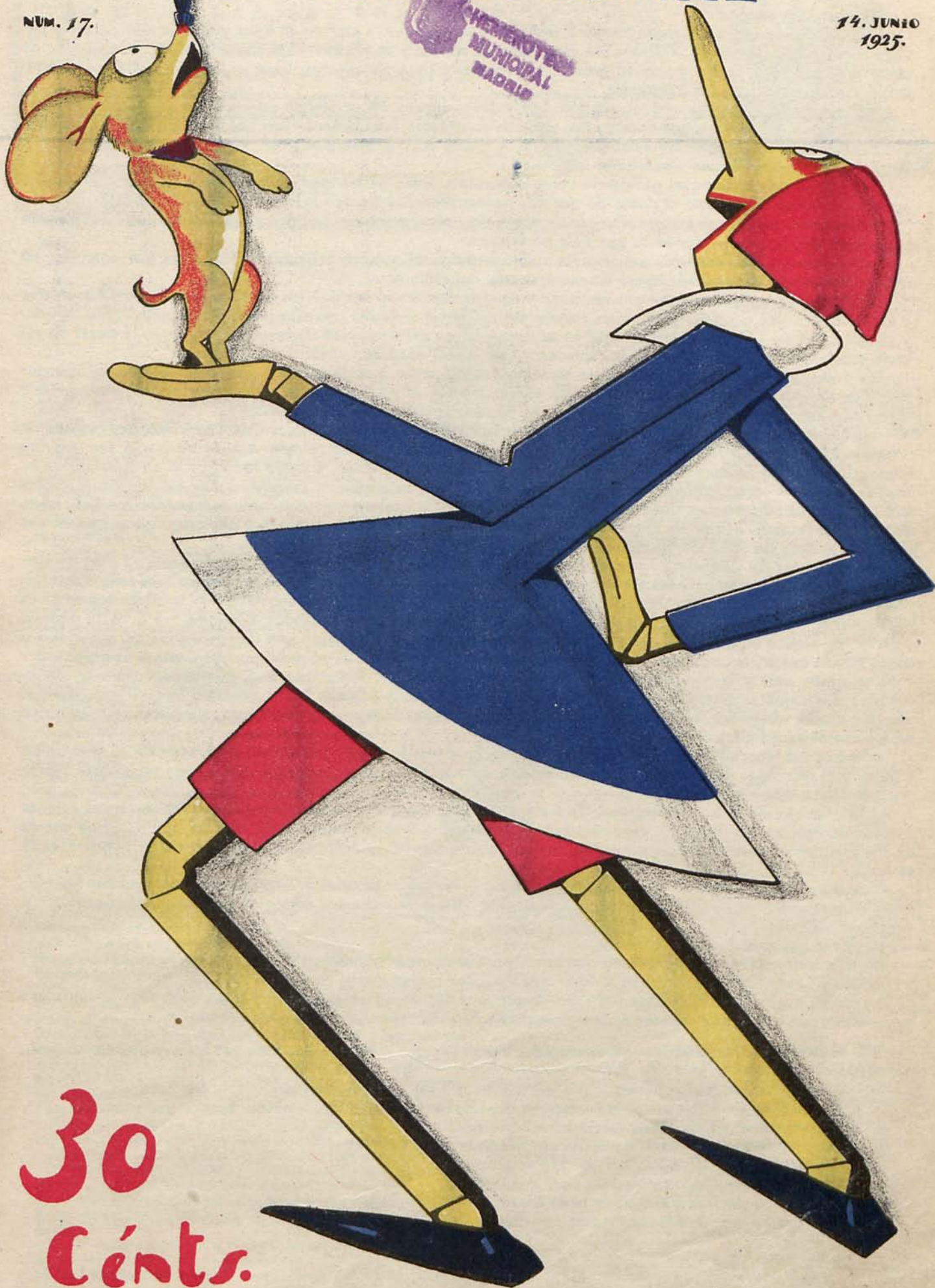
PiNOCCHIO

SEMANARIO INFANTIL

NUM. 17.

14. JUNIO
1925.

PERIODICO
MUNICIPAL
MADRID



30
Cénts.

CARTA DE PINOCHO

Mis queridos amigos:

En este mundo todos debemos tender a perfeccionarnos; nuestra aspiración debe ser la de mejorar en lo posible nuestros actos y nuestras obras. Sin este esfuerzo natural y noble aún viajaríamos en diligencia en vez de viajar en ferrocarril; ¡qué digo en diligencia!, andaríamos a pie y sin zapatos, cosa, en verdad, bastante desagradable y perjudicial para los zapateros.

Y yo, como todo, soy un muñeco sujeto a la ley del progreso. Mi periódico está muy bien —perdonad la inmodestia—, con él estais todos encantados; vuestras constantes felicitaciones me han hecho enrojecer ruborosamente muchas veces; ¡sois tan amables!

Pero este periódico *aún puede estar mejor...*

Esta idea, la de mejorar mi periódico, venía obsesionándome de tal modo que en estos últimos tiempos he adelgazado siete kilos, hasta el punto de que mis pantorrillas podrían servir hoy de palillos de dientes.

Y ahora, después de bien estudiado y compulsado todo, emprendo la reforma de PINOCHO, seguro de que vosotros sabréis apreciar en lo que vale mi esfuerzo.

Esta reforma y mejoramiento empezareis a notarla desde el número próximo. No os digo por completo en qué va a consistir; pero os anticiparé las mejoras más importantes.

Una de las cosas que más me preocupaban y entristecían era el ver que los dibujos, los cuentos, los chistes y los «colmos» que continua y abundantemente me enviabais —dando con ello prueba de vuestro gran ingenio y afición artística— iban amontonándose en mi despacho en proporciones alarmantes, sin que yo, a pesar de mi buen deseo, pudiera publicarlos en la cantidad y con la celeridad que vosotros deseabais.

Las únicas reclamaciones vuestras que he recibido son todas por lo mismo: «el cuento, el dibujo, la historieta que hace tanto tiempo esperan turno de publicación...» Y yo bien quería complacer a todos; pero ¿cómo, si tenía un espacio limitado y muy pequeño para *Concursos y Colaboración infantil*?

También echaba yo de ver, aun antes de que vosotros me lo dijerais, que los *Concursos* tardaban muchos en terminarse y que la *Correspondencia particular* os contestaba con mucho retraso. Y esto no podía ser más natural; mi periódico es muy difícil de hacer por su extensa colaboración, y sobre todo por lo complicado de su tirada en colores —*no igualada en el mundo entero por ningún periódico infantil*—. Por esta razón teníamos que cerrar cada número mucho tiempo antes de publicarse, lo cual no sólo tenía los inconvenientes indicados, sino que me impedía seguir en ninguna forma la actualidad, y, en fin, hacía parecer que tengo poco interés por vosotros, lo cual me daba mucha rabia, aunque ya sabéis vosotros que no es verdad.

Las jugarretas de Chapete y las complicaciones de mi vida aventurera me tienen entrenado en esto de discurrir y de buscar salida para las situaciones difíciles; pero de ésta no podría, en verdad, salir si no me ayudáis vosotros. Ahora os diré cómo. Por de pronto os comunico que entre los números 18, 19 y 20 (o sea los tres próximos) se publicarán **todos los dibujos vuestros** que teníamos atrasados. Como no era cosa de dedicar a eso el periódico entero (y ni eso hubiera bastado) no había otra solución que *dar más páginas*, y eso voy a hacer dando *todas las que hagan falta* para que entre esos tres números se publique todo, como os digo.

Veo desde aquí la sonrisa de satisfacción que eso os produce. Pues aguardad, que hay mucho más. En lo sucesivo dedicaremos siempre, en vez de una, *cuatro, ocho o más páginas* a *Colaboración infantil* y *Concursos*, **sin suprimir ninguna de vuestras Secciones predilectas**; antes al contrario, aumentando la cantidad de lectura de todas ellas.

Vosotros no entendéis mucho de estas cosas; pero cuando tengais en la mano el número 18 preguntad a papá, y él os dirá lo que supone de dinero sólo la enorme cantidad de grabados que hemos hecho para reproducir vuestros dibujos.

Otra cosa que os va a gustar mucho. Todas las semanas, a partir del número próximo, publicaré una extensa sección dedicada a los deportes, especialmente al fútbol, que tanto os interesa. En esta sección daremos cuenta de los partidos importantes que se jueguen, formaremos equipos «pinochistas», publicaremos fotografías, ¡qué sé yo!...

Para esto —y para publicar rápidamente la *Colaboración* y *Correspondencia*, así como para llevar los *Concursos* con más rapidez—, ha sido necesario añadir páginas sin colores, que por no tenerlos se hacen más de prisa. Ya veréis. ¿Qué tal?

Pues aún hay más.

En el número próximo encontraréis las bases para **ocho estupendos Concursos**, tan admirables, entretenidos y apasionantes que os van a dejar más turulatos que el amigo de Currinche.

En esos Concursos se repartirán infinidad de premios de todas las categorías; y muchos de esos premios **los adjudicaréis vosotros mismos, los propios pinochistas**. Esos Concursos serán:

1.º **Concurso de Problemas**, hechos por vosotros y que publicaremos para que los pinochistas busquen la solución.

2.º **Concurso de Soluciones** de esos Problemas y de otros que os daremos, como siempre.

3.º **Concurso de Chistes ilustrados y de Historietas**; todos, también, hechos por vosotros.

4.º **Concurso de Cuentos**, escritos por vosotros.

5.º **Concurso de Chistes**, enviados por vosotros.

6.º **Concurso de Dibujos**, hechos por vosotros.

7.º **Concurso de Colorido**, para vosotros también.

8.º **Concurso de los Pinochos más bonitos**, que seguramente os encantará.

Para que tengáis una idea, os anticiparemos dos de los premios: Uno: *Trajes de Pinocho para que os vistáis*

(Sigue en la página 19.)

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE VALENCIA 28

MADRID

TEL. 204-M — APART. 447

ED. "SATURNINO CALLEJA" — DIR. S. BARTOLOZZI.

ADMINISTRACIÓN } SAN-SEBASTIÁN } ADMINISTRACIÓN }
CIERRE Y TALLERES } CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES } MADRID.



AÑO I

NÚMERO XV II

Precios de suscripción:

ESPAÑA, PORTUGAL Y AMÉRICA — UN AÑO 20 PESETAS
OTROS PAISES — UN AÑO 30 PESETAS

NÚMERO CORRIENTE, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 40 CÉNTS.

EL PINITO AMBICIOSO



Allá en el Norte, en un país muy frío, había una selva inmensa. Todos los árboles eran altísimos, unos venerables ancianos, salvo uno, un pinito joven, al que todos querían y mimaban. El pinito, a pesar de esto, o quizá por lo mismo, era caprichosillo, ambicioso y descontentadizo.

El pino se desesperaba porque en vez de hojas tenía unas agujas punzantes; y suspiraba y murmuraba:

—¡Ay! ¿Por qué no tendré yo hermosas hojas como las de mis compañeros? ¡Quisiera tenerlas de oro, para darles envidia a todos! Feo, feísimo está eso de querer despertar la envidia ajena; casi está tan feo en un árbol como en un niño.

Y he aquí que el Viento pasaba precisamente en aquel instante (suele dar la coincidencia de que cuando los árboles murmuran, el Viento no anda lejos) y oyó las palabras del pino, y volando y soplando fué a ver a su amo, el Genio de la Selva, y se las repitió.

Y a la mañana siguiente el pino, al despertar, quedó extasiado: sus agujas punzantes habían desaparecido y todo él estaba cubierto de hojas, magníficas hojas de oro.

Al verle, todos los árboles de la selva, lejos de envidiarle, le admiraron, diciéndose unos a otros:

Hay que ver nuestro pino, pinito;
hay que ver qué rebonito
con sus hojas de oro,
verdadero tesoro.
Hay que ver qué rebonito
está nuestro pino, pinito.

¡Qué contento, qué orgulloso estaba el presumido arbolillo!

Pero el Viento, siguiendo las órdenes del Genio de la Selva, escuchaba todo esto, y corrió a transmitir las palabras de los árboles a cierto bandido que vivía en una gruta cerca de allí. ¡Oh, un bandido de esos terribles que tienen una barba enmarañada, una mirada feroz y un cuchillo en el cinto!

Naturalmente, el bandido pensó: «¿Un pino de oro? Buen negocio para mí». Y aquella misma noche se adentró en la selva, se acercó al pino dormido, cortó con su cuchillo todas las hojas de oro y las guardó en un gran saco que llevaba, huyendo luego para venderlas en la ciudad.

He oído decir que con el producto de la venta, que fué cuantioso, el bandido se compró un palacio y se volvió hombre honrado y hasta se afeitó la barba; pero a lo mejor todo esto son habladurías y suposiciones.

Cuando al despuntar el alba el primer rayo de sol que se filtró entre las ramas de sus vecinos despertó al pino, el pobre quedó aterrado. ¡De sus hojas de oro no quedaba ni rastro! ¡Estaba desnudo!

Y mientras los demás árboles le contemplaban con pena y compasión, el infeliz se echó a llorar, murmurando:

—¡Ya no quiero hojas de oro! ¡Luego vienen ladrones y se las llevan! Mejor las querria de cristal y que brillasen al sol cual diamantes.

Y a la mañana siguiente el pino estaba cubierto de hojas de cristal que los rayos del sol naciente hacían brillar, poniendo en ellas mil colores preciosos, como si fuesen diamantes o gotas de agua, que para el caso viene a ser lo mismo.

Y se puso muy contento al verse tan elegante y al oír que todos los árboles cuchicheaban con admiración:

Hay que ver nuestro pino, pinito;
hay que ver qué rebonito
con sus hojas de cristal
cual brillantes sin rival.
Hay que ver qué rebonito
está nuestro pino, pinito.

Pero el Genio de la Selva no podía consentir absurdo tal, como es un árbol con hojas de vidrio, y, siguiendo sus órdenes, aquella misma noche el Viento se fué a la selva, infló sus carrillos y con todas sus fuerzas ¡pluff! sopló. Aquello era un verdadero vendaval, y las hojas del pino chocaron unas contra otras y se hicieron añicos. De nuevo, al despuntar el alba, el pinito se encontró desnudo. A sus pies los trozos de cristal rotos yacían brillando al sol, ¡ay!, cual si fuesen diamantes o gotas de agua.

Gruesas lágrimas de resina resbalaron por el tronco del pino, que se lamentó, murmurando:

—¡Ya no quiero hojas de cristal, frágiles y quebradizas! ¡Ya no quiero inspirar envidia a los demás árboles; pero al menos quiero ser igual a ellos; quiero, como ellos, tener hojas verdes; son hermosas y no las acecha ningún peligro.

Y por tercera vez su voto fué escuchado, y a la mañana siguiente despertó cubierto de hojas verdes, tan anchas, lisas y suaves, que todos los árboles exclamaron admirados:

Hay que ver nuestro pino, pinito;
hay que ver qué rebonito
con sus hojas relucientes
como el agua de las fuentes.
Hay que ver qué rebonito
está nuestro pino, pinito.

—Vaya —pensó el pino encantado—; ahora sí que estoy majo y puedo dormir tranquilo. Y tranquilo se durmió, sin pensar el pobre que el Viento, enviado por el Genio, había corrido a transmitir la noticia de su transformación a una familia compuesta por una cabra y seis cabritos que pastaban cerca de allí. De madrugada, la cabra condujo a sus hijos a la selva, al pie del pino.

—Ved, hijos míos —les dijo—. Este arbolito es tan bajo, que poniéndolos de pie podéis llegar hasta sus hojas. ¡Qué hermoso festín! Comed. Hartaos, que estas hojas son tiernas y sabrosas y no os harán daño.

No queramos saber con qué entusiasmo los cabritos siguieron los consejos de su mamá, marchándose luego a digerir el almuerzo en paz y en gracia de Dios. ¡Ay! ¡Qué triste despertar el del pino al verse desnudo! ¡Qué triste día pasó! Y al llegar la noche, ¡qué friol

—¡Quién me devolviera —gimió, tiritando— mis agujas punzantes! ¡Bien curado me veo de mis locas ambiciones!

En el mismo momento —¡el Viento corre tan de prisa!— el Genio quedó enterado de que el pinito se había vuelto razonable.

Y el alba presenció aquella mañana la satisfacción del pino al hallarse de nuevo con sus agujas de siempre. Y todos los árboles, al ver la alegría con que agitaba sus ramas, cantaron a coro:

Hay que ver nuestro pino, pinito;
hay que ver qué rebonito;
sus agujas punzantes
le cubren como antes.
Hay que ver qué rebonito
está nuestro pino, pinito.

Y desde entonces ningún árbol ha vuelto a quejarse; todos están satisfechos con la suerte que les depara la Naturaleza, y por eso son tan dichosos y viven tantos años.

CURIOSIDADES

EL AVE QUE TIENE LA COLA MÁS LARGA

Todas las aves tienen su cola correspondiente. Las gallinas, como sabemos, poseen una cola pequeña; la del pavo real, en cambio, es larga, hermosísima, de lujo. Pero en el Japón se cria el ave más extraordinaria, en cuanto a cola. Un ave como no se ve en ninguna parte. ¡Tres metros y medio! Tres metros y medio de longitud, cuando no más, mide la cola de aquellos gallos del Japón. Es interesante el espectáculo de la aldea de Shinowara, en la isla de Slúkoku, donde se dan los gallos a que aludimos. Cuando éstos pasean al aire libre, nadie los dejaría abandonados, por temor a que pudieran mancharse el tesoro de su cola. Alguien se encarga entonces de trasportar en alto, con el más tierno de los cariños, el largo plumaje del animal. Pero estos gallos, a decir verdad, pasean muy poco al aire libre. Casi siempre están encerrados en unas jaulas largas y estrechas, donde el ave, orgullosamente, exhibe la elegancia de



su plumaje de tres metros—¿tres metros?—, de tres metros y medio, de cuatro metros, a veces. Incluso cuando son transportados de un punto a otro, realizan su viaje en unos cajones apropiados. En Shinowara tienen predilección por estos gallos; los cuidan cariñosamente. Los japoneses han conseguido semejantes animalitos, como nosotros hemos conseguido de las palomas ordinarias, la paloma de cuello grueso y cola de abanico. El gallo de Shinowara come igual que los demás gallos y canta como todos los demás animales de su familia. El gallo de Shinowara es elegante, como vereis en el dibujo de esta plana, es cortés.

Y como lo cortés, amigo mío, no quita lo valiente, el gallo de cola de tres metros, cuando se disgusta, acomete y pica como el más enfurecido gallo castellano.

NUEVAS AVENTURAS DEL BARON DE LA CASTAÑA

LA CABRA DE LOS ANDES

Recuerdo con disgusto mi aventura con la cabra de los Andes. Estábamos en Chile en aquella época, porque mi esposa, la dulce Adelaida, tenía que entrenarse para disputar un campeonato de boxeo para señoras casadas. Yo me entretenía haciendo excursiones y entregado a la caza, mi ocupación favorita.



Una tarde me dijo un indígena:

—Barón: ¿por qué no apresia usted una cabra salvaje de los Andes? Es la caza más difícil.

Desde aquel día dediqué todos mis esfuerzos a cazar la cabra salvaje, para lo cual había de vencer un sin fin de peligros y dificultades.

La cabra de los Andes es un animal que sólo gusta de vivir en los sitios más agrestes. Su posición preferida es estar situada en todo lo alto de una roca terminada en pico. Allí, con las cuatro pezuñas unidas, guarda el más asombroso equilibrio que se pueda imaginar, causando el asombro del resto de los animales de la cordillera, que la admiran diciendo: «¡Que se cae!» «¡Que no se cae!» «¡Que se cae!»...

Pero la cabra no resbala ni pierde el equilibrio nunca, y desde su peña contempla el paisaje y a los infelices cazadores, que incapaces de trepar hasta ella, la contemplan desconsolados desde muy abajo.

—Yo tengo que coger una viva —me dije—. La utilizaré para hacer un número de circo. Saldrá la cabra y realizará sorprendentes ejercicios en la punta de un bastón.



Pero mis deseos no llevaban camino de verse cumplidos: ni mi experiencia ni mi astucia valían contra aquel bicho montaraz y astuto.

Comenzaba a desconsolarme cuando se me ocurrió una idea, esa idea salvadora que siempre ha acudido a mi mente en los momentos supremos.

Un día salí de casa sin escopeta ni

red; por toda arma llevaba mi cuchillo de monte y un lápiz. Me interné en la montaña, y en una ladera en cuyo alto existían los picos más inaccesibles de los Andes y en donde las cabras gustaban colocarse, me senté yo tranquilamente. A poco comenzaron a aparecer los bichos famosos, que, dando saltos increíbles, fueron a colocarse en los picos afilados de las rocas. Desde allí me observaban con desprecio.

Yo fingí no haberlas visto, y tranquilamente extraje del bolsillo el lápiz y comencé a sacarle punta con el cuchillo de monte.

Mirando de reojo pude observar cómo las cabras se interesaban en mi manejo, me miraban con curiosidad y al poco tiempo una, más audaz, comenzaba a acercarse.

Yo seguía afilando el lápiz y el animal acercándose, hasta que ya por fin junto a mí comenzó a lamer cariñosamente el mango de mi cuchillo de monte, que era precisamente de asta de cabra salvaje.

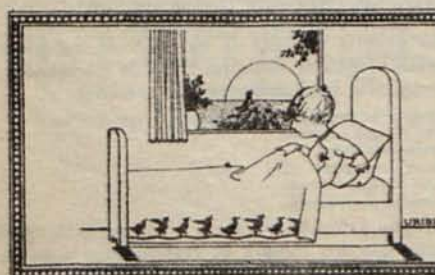
Había previsto el caso. La cabra había reconocido en el asta del cuchillo los restos de un pariente querido y no había podido menos de venir a besarlos.

La capturé y emprendí el regreso a la ciudad, orgulloso de traer conmigo al animal mejor equilibrista del mundo. Pero un chasco me esperaba. Al llegar a la calle mejor pavimentada, aquel animal, acostumbrado a los picos más agudos, tropezó y cayó al suelo, en medio de las risas de todo el público.

La cabra no duró mucho tiempo en mi poder, pues mi esposa se empeñó en pasear montada en el animal, que no pudiendo soportar su peso se hundió en la tierra y no ha vuelto a aparecer más.



EL BARÓN DE LA CASTAÑA.



Todos los niños se levantan alegres porque saben que les lavan con

JABÓN CALBER (PASTILLA 1,25)

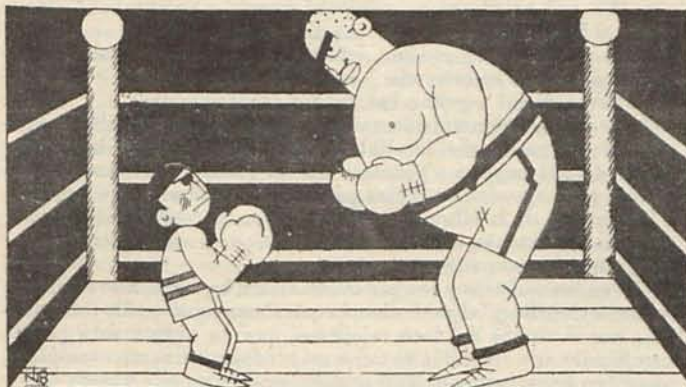
y todas las madres deben tener buen cuidado de que el cutis sensible de los niños sea lavado exclusivamente con

JABON CALBER (PASTILLA 1,25)

porque es el más indicado dada la pureza de los componentes.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIAN

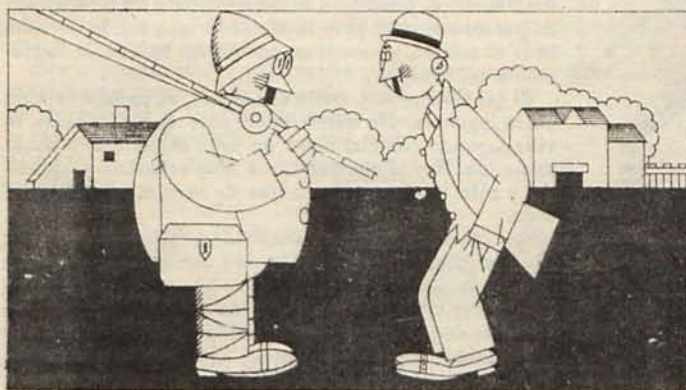
CHISTES



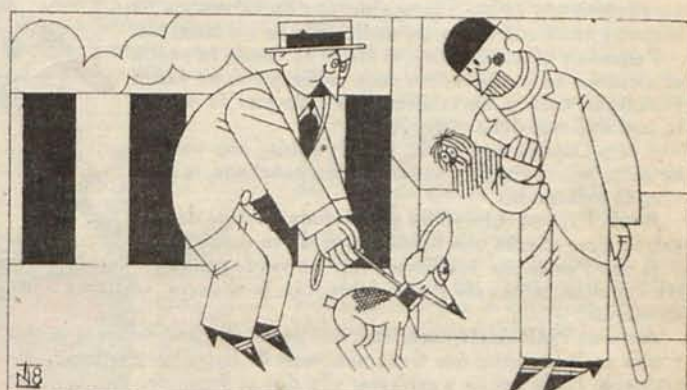
El alto.—Bueno, supongo que usted ya conocerá las leyes del boxeo. Está terminantemente prohibido pegar de la cintura para abajo.



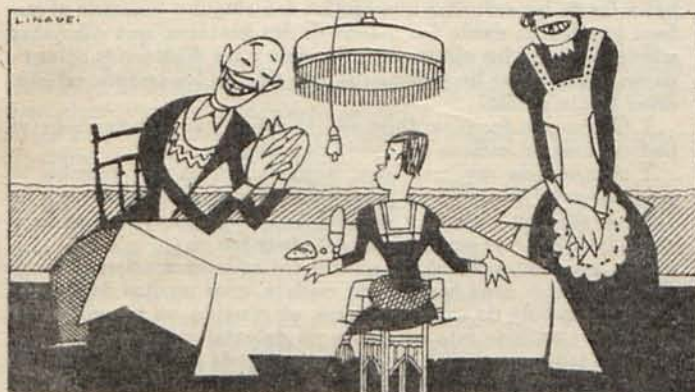
—Ya que vas al pueblo te puedes traer la hora exacta.
—¡Pero si no tengo reló!
—Pues la traes apuntá en un papel.



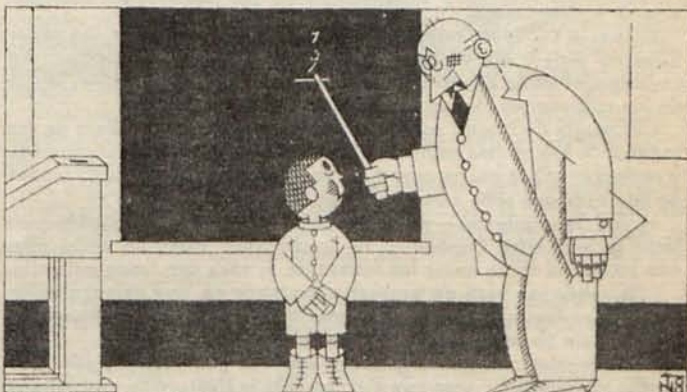
—Vengo de pescar salmonetes.
—¿Y ha pescado usted muchos?
—Ninguno.
—Pues entonces, igual puede usted decir que viene de pescar ballenas.



—Cuando usted me vendió este perrito me dijo que era bueno para las ratas y todavía no ha matado ninguna.
—Por eso le dije que era muy bueno para las ratas; porque no las hace daño.



—¡Papaito! Las gallinas deben de ser muy listas, ¿verdad?
—¿Por qué lo dices, hijo mío?
—Porque todas al poner los huevos saben el tamaño exacto de las hueveras.



—¿Pero es que no sabe usted sumar? Vamos a ver: aquí tenemos un nueve y otro nueve. ¿Cuánto hacen?
—Dos nueves.



POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER
son el mejor amigo de los niños que les priva de ESCOCIDOS, IRRITACIONES DE LA PIEL, GRANOS, SARPULLIDOS, etc., etc.

POLVOS ANTISEPTICOS CALBER
son admirables para después del baño y extraordinariamente refrescantes. Los recomiendan millares de médicos y los usan millares de madres para su bebé.

Están premiados en la EXPOSICIÓN FARMACÉUTICA Y DE HIGIENE y nada se ha descubierto hasta hoy, ni más aséptico, ni más agradable para el cutis.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIÁN.

EL NACIMIENTO DE PINOCHO

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES



s de noche; en el almacén de expediciones de la fábrica de juguetes, los muñecos, cuidadosamente envueltos entre virutas y papelititos de seda, descansan en sus respectivos cajones de madera y permanecen inmóviles y silenciosos.

Fabricados el mismo día, forman parte de la próxima expedición; dentro de varias horas unos hombres clavarán las tapas de las cajas, y éstas serán enviadas a tiendas y bazares.

Los muñecos, repito, permanecen silenciosos e inmóviles; en este momento no se dan cuenta de nada, porque su sensibilidad y conocimiento son los que pueden tener un pedazo de madera, un trozo de porcelana, un saquito relleno de serrín: todavía *no viven*.

Pero la vida —la vida de los muñecos— no ha de tardar en animarlos. Para ello sólo falta que venga a visitarlos el hada encargada de esta operación; porque lo mismo que en los cuentos hay hadas para las princesitas y para los niños buenos, en la realidad hay hadas para los muñecos.

De pronto, en el silencio de la noche suenan cuatro campanadas: tin, tin, tin. Estas campanadas las da un relojito de pared, muy lindo, con flores y pájaros pintados en la esfera y con un péndulo que figura una pluma de pavo real; el relojito es precioso, sí; pero algo inexacto: cuando da las cuatro son las doce.

En este momento, en la oscuridad del almacén surge una columna de vaho ligero y luminoso que poco a poco va adquiriendo la bella forma de una dama vestida de blanco y coronada de flores: es el Hada de los muñecos.

Pausada y graciosamente, el Hada va dando la vuelta al almacén, se inclina sobre cada cajón, y con su varita encantada toca a los muñecos y a cada uno le otorga la cualidad que debe distinguirlo.

A una Damita de biscuit, linda y rubia, con vestido de seda, peluca rizada y sombrero empenachado, le dice: «Serás presumida».

A una Pepona coloradota y mofletuda, vestida de percal, le dice: «Serás una buena mujer de tu casa».

A una Pastorcita tumbada sobre un verde prado entre vaquitas color café y ovejas blancas, le anuncia: «Amarás a los animales».

Ante un Polichinela escarlata, que posee una joroba en el pecho y otra en la espalda; que tiene una nariz de borracho y ojillos maliciosos, el Hada sonríe y exclama: «Te doy el ingenio».

Y a un Clon vestido de raso con un sol de lentejuelas bordado en... la espalda: «A ti, la agilidad».

«No llorarás nunca», afirma ante un hermoso «Bebé» de celuloide con ojos azules muy abiertos y fresca boca.

Cuando el Hada ha concedido a cada muñeco la cualidad que le corresponde, se coloca en el centro del almacén, y extendiendo solemnemente su varita dice con voz grave estas palabras:

«Os doy la vida».

Y dicho esto se va esfumando, vuelve a convertirse en vaho luminoso y desaparece.

Entonces todos los muñecos empiezan a agitarse entre sus papelititos de seda y sus virutas y empiezan a hablar a un tiempo; sin embargo, el ruido de sus conversaciones no es ensordecedor; la voz de los muñequitos ¡es tan fina y suave!

La Damita de biscuit contempla su linda cara en el reflejo de sus zapatos de charol (los muñecos, como los gatos, ven en la oscuridad), y exclama: «¡Que guapa soy! ¡Oh!, ¡quiero Dios que caiga en manos de una niña que sepa vestirme siempre a la última moda!».

—Ved la remilgada —murmura entre sus dientes de cartón pintado la simpática Pepona—; no quisiera yo vestirme como ella, que no sabría cómo hacer las faenas de la casa con tanto perifollo.

—¡Cuándo me veré en vaporcito, bogando en una palangana hacia lejanas tierras! —suspira un marinerito, con un relámpago de impaciencia en sus ojos azules y profundos como el mar.

—Ricos míos, no debéis pacer esa hierba que está pintada y os podría envenenar —aconseja tiernamente la Pastorcita a su rebaño

de ovejas, mientras las anuda al cuello cintas de color de rosa.

—¿Cómo será mi futura mamá? —se pregunta un Bebé de trapo, agitando su sonajero para distraerse, como hacen los nenes buenos.

—¿En qué se parece un pimiento morrón a un autobús? —pregunta el Polichinela, queriendo hacer su primer chiste.

—No sé —contesta el Clon, interrumpiendo una cabriola.

—Pues en que es colorado —contesta el Polichinela.

—¡Fuera, fuera! —gritan indignados cuantos le oyen.

Pero ya han transcurrido varias horas y la noche finaliza; el relojito da las once, señal infalible de que son las seis de la mañana. La luz del sol empieza a penetrar por las grandes ventanas del almacén; ya se oye el ruido de las puertas que se abren para dar paso a los obreros de la fábrica. Dentro de poco entrarán en el almacén, clavarán los cajones, escribirán en ellos con grandes letras FRAGIL, pegarán unas etiquetas...

Callan los muñecos y se quedan inmóviles; ha terminado su primera noche de vida, y tal es el silencio que ahora reina —sólo interrumpido por el tic-tac del loco relojito—, que un oído atento podría percibir el ruido inaudible de todos estos corazoncitos microscópicos, que laten impacientes en espera del momento en que han de partir hacia las tiendas y bazares, cada cual hacia su destino de muñeco.

II

El dueño de la fábrica de juguetes tenía un hijo que se llamaba Currusquín.

A decir verdad, no creo yo que éste fuera su verdadero nombre, porque no suena a nombre de niño ni aun de persona mayor; pero lo cierto es que así le llamaba todo el mundo, y nosotros, por no ser menos, le llamaremos así también.

El tal Currusquín, como es natural, se pasaba la vida entre juguetes. No quiere decir esto que se pasase la vida jugando como si fuera un niño atolondrado y sin juicio, no. Por el contrario, era muy estudioso y aplicado, y sólo jugaba en las horas de recreo, como es debido.

A Currusquín le gustaban todos los juguetes; los ferrocarriles, los aeroplanos, los automóviles y demás aparatos mecánicos le atraían singularmente. Los aros y los peones le encantaban; la lotería, el juego de oca y los dominós se contaban entre sus distracciones predilectas; los soldados y los arreos militares le entusiasaban; jugando al fútbol se hubiera pasado las horas muertas.

Pero su pasión favorita, su afición verdadera eran los muñecos; y de ellos tenía una colección magnífica, sin igual en el mundo entero. Como que no se hacía en la fábrica un modelo del que Currusquín no tuviese, antes que nadie, un ejemplar.

—Qué feliz debía de ser el tal Currusquín —os oigo suspirar.

—Pues no, señor; Currusquín no era completamente feliz; para serlo le faltaba realizar un ideal: tener un muñeco fabricado por él.

Muchas veces, recorriendo la fábrica, había presenciado la construcción de sus queridos muñecos; había visto cómo pasaban por manos distintas: desde las de los operarios que los empezaban, hasta las de las señoritas que vestían con singular maestría al muñeco terminado; desde las manos de los pintores, que dibujaban minuciosamente los ojitos color de cielo y los dientecitos color de nácar, hasta las de los peluqueros, que rizaban los crespos cabellos color de oro pálido.

Y Currusquín pensaba: todo eso lo sabría hacer yo también; yo podría hacer un muñeco sin ayuda de nadie.

Y obsesionado con esta idea, llegó un día en que concibió un gran proyecto que puso en práctica al momento. Esperó a que los obreros saliesen a comer y se coló en la fábrica sin que nadie le viese. Lo que no os ocultaré que está muy feo.

Una vez solo, empezó a recorrer los talleres apoderándose de varios objetos: unos tarugos de madera, unos tarritos de pintura, pinceles, un bote de cola, una sierra, un martillo, un formón y unos tornillos. Con todo esto oculto en su delantal salió sigilosamente como un ladrón... que es lo que era, después de todo, puesto que cogía a escondidas lo que no debía.



Y Currusquin llegó a su cuarto, se encerró con llave y empezó a realizar su ideal: la fabricación de un muñeco que fuese suyo completamente, algo así como un hijo.

Serró un tarugo y le dio una forma alargada: era el cuerpo.

Luego serró dos palos largos y delgados, que atornilló por la parte de arriba: eran los brazos. Del mismo modo construyó las piernas.

La cabeza, que era lo más difícil, la consiguió perfectamente con una bola de madera que tenía para jugar a los bolos.

Limando por aquí, encolando por allá, sudando como un condenado y sacando la lengua en los momentos minuciosos, Currusquin logró, al fin, tras no pocos esfuerzos, ver su obra realizada; es decir, no; aún le faltaba pintar aquel muñeco para darle la expresión debida. Cogió un pincel y destapó los frascos de pintura. Con negro simuló el pelo, con azul dibujó los ojos, con rojo la boca y con dos toquecitos encarnados animó las mejillas. Pero entonces advirtió con cierta perplejidad que a su muñeco le faltaba una cosa esencialísima: le faltaba la nariz.

Intentó pintarla también; pero ¡ay!, Currusquin no era un águila en cuestiones de dibujo, y la nariz le salía siempre de perfil, lo cual daba un resultado deplorable. Además, aunque le hubiese salido la más perfecta nariz griega, tampoco le hubiera agradado, porque él la quería *de bulto*.

¿Qué hacer, Dios mío?

De pronto, Currusquin se golpeó la frente y exclamó en inglés: «Eureka». (Bueno, nosotros sabemos que *eureka* es una palabra griega; pero Currusquin sólo la conocía de oírsele decir a su institutriz, que era inglesa y la pronunciaba con el acento de su país; por eso él creía que la palabra era inglesa).

Lo que Currusquin había encontrado era el medio de conseguir que su muñeco tuviese la nariz *de bulto*, como él la quería; bastaba para ello con pegarle una nariz postiza. Cogió el tarugo que le quedaba, que era largo y delgado y más parecía el dedo de un gigante que la nariz de un muñeco; le untó con cola, y ¡paf!, lo pegó en el mismo centro de la cara.

Claro que aquello resultaba una nariz enorme, descomunal, como no se había visto otra; pero esto, lejos de desagradar a Currusquin —que era notablemente narigudo y sentía gran desprecio por los chatos— le pareció un mérito más.

¡Ahora sí que estaba terminado el muñeco! Su creador le examinaba detenidamente y sonreía con satisfacción y orgullo.

En realidad, el pobre muñeco, larguirucho, flaco, narigudo y desnudo, resultaba un adefesio; pero a Currusquin le parecía, sencillamente, digno de figurar entre las siete maravillas del mundo. ¡Ya quisieran todos los muñecos que llenaban sus armarios parecerse al que acababa de fabricar!

Y al recordar aquellos muñecos hechos con las más ricas y delicadas materias, vestidos de raso y de terciopelo, Currusquin se encogió de hombros con desprecio, con el orgullo del artista genial que contempla su obra, creada con sus manos, aquellas manos embadurnadas de pintura y pegotes de cola de carpintero.

III

El papá de Currusquin, el dueño de la fábrica de juguetes, se hallaba en su despacho estudiando un nuevo modelo de rata mecánica, cuando su hijo se presentó ante él.

Currusquin traía las manos a la espalda, ocultando así la magnífica obra que acababa de fabricar.

Venía rojo de emoción. Pensaba que su padre acaso se incomodaría al pronto al saber la falta cometida al entrar en los talleres sin su permiso, y hasta es posible que manifestara el deseo de darle unos cuantos azotes... Pero era indudable que a la vista del magnífico muñeco la ira paterna quedaría deshecha, como la nieve al sol.

Animado por estos pensamientos, Currusquin se colocó ante su padre, tosió, carraspeó, se balanceó un momento sobre el pie derecho, luego sobre el pie izquierdo, y, de repente, exclamó decidido:

—Papá, acabo de hacer un muñeco yo solo.

—¿Un muñeco? ¿Y con qué lo has hecho?

—Con unas maderas y unas pinturas que he cogido en los talleres.

Las cejas paternas se fruncieron; los ojos paternos lanzaron un relámpago de mal agüero; los bigotes paternos se erizaron, y las paternas manos se movieron de un modo que parecían cargadas de azotes.

Pero ya Currusquin, con gesto triunfante, había avanzado sus manos y exhibía su muñeco.

Su padre se quedó con los ojos y la boca de par en par. Y su ira, como había supuesto Currusquin, se fundió al punto; pero no fue por el asombro admirativo, no, sino por la risa: una risa loca que agitaba su voluminoso vientre.

—Ja, ja, ja, vaya un muñeco raro; en mi vida he visto cosa más fea... ¡Qué cuerpo!... ¡Qué cara!... ¡Qué nariz!... Ja, ja, ja...

El pobre Currusquin se había quedado de una pieza.

—¿Qué... qué... qué dices, papá? —balbuceó con asombro e indignación—. ¿No te gusta mi muñeco? ¿No es bonito mi muñeco? La hilaridad del buen señor redobló al oír estas palabras.

Varios obreros que pasaban ante la puerta, se detuvieron al ver a su patrón de tan buen humor.

—Mirad —exclamó éste— aprended a hacer muñecos.

—Habrá que guardarle para modelo —dijo uno de los obreros.



—Pero oye, Currusquin —dijo otro—, ¿de dónde has sacado esas narices?

—Ese muñeco no debe entrar en el almacén —aconsejó una operaria remilgada— porque se enamorarían de él todas las muñecas.

¡Ah! si Currusquin hubiera sido un buen padre, el cariño por su muñeco habría aumentado ante estas burlas, ya que los padres quieren doblemente a sus hijos defectuosos y desgraciados. Pero debo confesar —rubor me da decirlo— que Currusquin era un padre desnaturalizado, y a su vez empezó a mirar al pobre muñeco con cierta burla.

—En efecto —pensaba—, no sé dónde he tenido los ojos, porque bien mirado, ¡cuidado que es raro y feo!

Y acabó uniéndolo sus carcajadas a las de todos los presentes.

Mientras tanto, el pobre muñeco yacía sobre la mesa del fabricante, doblado ridículamente por la mitad, en una actitud grotesca, humilde y lamentable.

IV

Cuando los obreros se retiraron a su trabajo y Currusquin a su cuarto, el papá de éste cogió al muñeco por una pata, y sin más ni más lo tiró por la ventana. Y dando volteretas vino a caer en medio de un viñedo, encanto y recreo del dueño de la fábrica, que le dedicaba sus más amorosos cuidados, sin lograr, en cambio, más producto que el de unos racimos de uvas eternamente verdes y agrios.

Eternamente verdes y agrios, sí, porque en cuanto maduraba alguno de los racimos, los desvergonzados y rapaces gorriones del pueblo se anticipaban a los derechos del propietario, y haciendo «pio, pio» se comían bonitamente las uvas en sazón. Con lo cual comprenderéis que el buen señor sintiese un odio africano hacia los alados ladronzuelos.

Precisamente la caída del muñeco hizo huir, volando y piando, a una bandada de gorriones que en aquel momento se estaban dando un festín admirable.

El papá de Currusquin, que desde la ventana contemplaba el espectáculo, lanzó una exclamación, y golpeándose la frente, murmuró:

—¡Hombre, qué buena idea! Mire usted por donde el trabajo de mi hijo no va a ser inútil; su muñeco va a servir para algo: va a servir de espantapájaros.

Y, encantado con su proyecto, llamó a un aprendiz y le ordenó que trajese al momento el muñeco. Se trataba de vestir adecuadamente al informe monigote.

Ya supondréis que no encargó en la sastrería de la fábrica que le hicieran un precioso traje a la medida; eso se quedaba para los otros muñecos, los felices, los que tenían la nariz proporcionada y eran lindos y pulidos. En esta ocasión cuanto más grotesco fuera el traje, más a propósito había de ser para un espantapájaros.

Escogió entre los desechos de la sastrería un levitón que en su origen había sido cortado para un lindo muñeco de rizado bigote que hacía pareja con una muñeca vestida de novia. Este levitón resultó inservible, porque a la sastra encargada de hacerlo se le fue el santo al cielo y le salieron unas mangas demasiado largas. Además, el tiempo y el polvo lo habían puesto en un estado lastimoso.

También encontró una chistera completamente deslucida, abollada y a la que le faltaba la tapa de la copa.

(Continuará en el número próximo.)



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALGAR

(Continuación.)

Trasegó algunos sorbos, cargó su pipa y salió a encenderla en la lumbre de la fogata, que se ensanchaba rápidamente a favor de las innumerables piñas que a su alrededor yacían, caídas hacía mucho tiempo y bien secas, por consiguiente.

Apenas había podido saborear una bocanada y se disponía a regresar al árbol, cuando le pareció distinguir una sombra humana que corría a través de un matorral, en parte iluminado por la hoguera.

—¿Será el indio? —se preguntó.

Como sabía la habilidad que tienen los indios en lanzar sus hachas de guerra, aun a cincuenta pasos, con sin igual precisión, se apresuró a unirse a sus compañeros, los cuales se apretaban unos con otros para calentarse mejor.

En guardia, amigos —dijo. Esta noche no podremos dormir, de fijo. Juraría haber vuelto a ver al Águila Blanca.

—¿Con sus osos? —preguntó Jor.

—No he visto a sus bestias; pero quizás no estén lejos y nos espíen, atentos a cualquiera señal de su patrón.

—Contaremos alguna historia para no cerrar los ojos —propuso Petifoque.

—Bastará con que Cabeza de Piedra nos refiera una sola —dijo Riberac—. De seguro será interesantísima.

—¿Cuál? —preguntó el bretón, tomando asiento en un montón de polvo de madera carcomida.

—Me prometisteis decirme algo a propósito del barón y del marqués de Halifax, y explicarme asimismo los motivos de su odio feroz.

—Es verdad; vosotros, que nos habéis prestado vuestro concurso, tenéis derecho a saberlo. Y además, el señor Oxford me ayudará.

—Conozco quizás mejor que nadie esta historia —dijo el secretario del marqués—.

Sabed ante todo que esos dos hombres son en verdad hermanos, aun cuando la madre de uno de ellos fuese duquesa de Argyle y la del otro una noble dama francesa.

El viejo lord, que era muy excéntrico, un día, al quedar viudo de su primera mujer, partió para Francia, volvió a contraer matrimonio y tuvo de su segunda esposa al barón, el famoso corsario de *La Tonante*.

Al estallar la guerra en Flandes, partió sin haber pensado en dar también a su segundo hijo el título de marqués de Halifax. Acaso el rey de Inglaterra, por sugestión del primogénito, se lo impidió.

El lord murió en el campo de batalla, partido en dos por una bala de cañón española.

El barón siempre creyó ser francés, pues su padre había

adoptado otro nombre al abandonar su patria, y en cuanto al apellido de su segunda mujer, nada tenía de inglés.

Transcurrieron algunos años. El bastardo, como más tarde lo llamó su hermano el marqués, sin pensar que en sus venas corriese sangre de los Halifax, porque era legítimo hijo de su padre, crecía valeroso en el ejercicio de las armas, al cuidado de un escudero francés, famoso espadachín; después, huérfano asimismo de madre, estudió náutica en un colegio de Brest, y nombrado capitán, armó en corso un navío.

La guerra entre Francia e Inglaterra estaba por entonces en su apogeo, y el joven capitán no tardó en ser famoso. Lo llamaban «el corsario de cabellos rubios», y no tenía rival.

Las proezas hechas por él fueron tantas, que llegaron a impresionar al rey de Inglaterra y también a su hermano, que lo hacía vigilar muy de cerca por algunos fieles escoceses que se fingían hijos de Francia.

Se había convertido en el terror del canal de la Mancha y del mar del Norte, y ya nadie osaba trabar combate con él.

Los ingleses huían de él como gaviotas —dijo Cabeza de Piedra—. ¡Ah, qué bien los cañoneaba yo!... Entonces tenía la vista más segura, y cada vez que mis piezas de treinta y dos resonaban, hendían las naves corsarias con balas encadenadas, inmovilizándolas.

Ya hacía cuatro años que el futuro barón devastaba las costas inglesas, cuando un día, mientras *La Tonante* se embonaba en Brest...

No, en El Havre, señor Oxford —corrigió el maestro.

Un enviado de su hermano le abordó, entregándole el nombramiento de barón Mac-Lellan, signado por el rey de Inglaterra, con una carta de su hermano el marqués, en la que le rogaba abandonar Francia y reunir-

se a él en el castillo de Argyle, situado en una isla de las Hébridas.

Acaso dudó, pero cedió al fin, deseando conocer al primogénito, que disfrutaba, por su parte, una alta investidura en la marina inglesa, y tiró al mar la bandera francesa que con tanto arrojo había defendido.

Y fué su desgracia —dijo Cabeza de Piedra.

¿Por qué? —preguntaron Riberac y Jor.

Porque su hermano no lo amaba; más bien alimentaba contra él una secreta envidia por la fama que se había creado como marino invencible. ¿Es verdad, señor Oxford?

Justamente —repuso el secretario—. A pesar de todo, la acogida fué, en apariencia, muy cordial, y el barón cedió fácilmente a la proposición de abandonar para siempre la ma-



ACABA DE PUBLICARSE CHAPETE QUIERE SER HEROE DE CUENTO

DE LA SERIE "PINOCHO CONTRA CHAPETE"
SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

Ayuntamiento de Madrid

rina francesa y ayudar a la inglesa, que por entonces lo necesitaba con toda urgencia.

»Quizás los dos hermanos, nacidos de distinta madre, hubieran podido con el tiempo llegar a entenderse si no hubiera surgido una mujer: Mary de Wentwort.

—¿Quién era? —preguntó Riberac.

—Una de las más hermosas perlas del Norte, dama de la nobleza escocesa, emparentada con los duques de Fife y de Lorme, las dos ramas de más rancio abolengo de la Inglaterra septentrional.

»El barón, que durante las tormentas invernales descansaba en el castillo de Argyle, la vió y se enamoró perdidamente de ella.

—No sé quién hubiera resistido a aquella belleza rubia de azules ojos —intervino Cabeza de Piedra—. Era la joven más espléndida de cuantas habitaban en Escocia.

—¿Y fué rechazado? —preguntó Riberac.

—Gozaba demasiado renombre como valeroso para que declinasen su pretensión —dijo el secretario—. Los dos jóvenes se amaron y el matrimonio fué convenido.

»El marqués, que constantemente estaba en la Corte, apenas la vió, fué presa de un loco deseo de hacer de ella su propia mujer y concibió el infame designio de arrebatársela a su hermano.

»Había estallado por entonces la guerra en América y comenzaban las furiosas contiendas en torno a Boston, que el general Washington había jurado asaltar, por tratarse de una de las plazas más fuertes que los ingleses poseían.

»Se formó una fuerte escuadra para correr sin tardanza en ayuda de la amenazada ciudad, y el rey de Inglaterra confió su mando a Howe y al marqués de Halifax, también bravo marino.

—¡Ah, no como su hermano! —dijo Cabeza de Piedra.

—Lo admito; pero era un valor no despreciable.

—Continuad, señor Oxford —dijo Riberac, que también había encendido su pipa—. Esta historia es muy interesante.

—El barón había salido para Edimburgo a fin de comprar los regalos para su prometida, y al volver no la encontró ya. El marqués, aprovechándose de su ausencia, la había raptado, conduciéndola consigo a Boston, a la fuerza.

—¡Ah, infame!... —exclamó Riberac—. ¡Y era la prometida de su hermano!...

—Lo llamaba el bastardo —dijo Cabeza de Piedra—. Y ahora, señor Oxford, dejadme continuar a mí.

—¿Se casó con ella el marqués? —preguntó el traficante.

—No —dijo el secretario—. A Mary de Wentwort le inspiraba miedo aquel hombre, y no pensaba sino en el barón.

»Era una muchacha enérgica, capaz de defender su causa contra aquel bruto, que se había conducido como un pirata.

»Tenía que convertirse en una Mac-Lellan; así estaba escrito en el gran libro del Destino.

—Ahora dejadme contar a mí —dijo el viejo bretón, que no podía disimular su emoción—. No olvidaré jamás la terrible cólera del barón, que se había visto engañado tan infamemente por su hermano mismo. *La Tonante*, por fortuna, estaba lista, y zarpamos para América, completamente decididos a arrancar a la rubia miss de las manos del miserable.

»La estación era pésima, pero conseguimos llegar a las Bermudas al tiempo que la flota de Howe y del marqués entraba con felicidad en Boston.

»Las Bermudas, como quizás sabréis, estaban habitadas por intrépidos corsarios, que se habían juramentado para ayudar a Washington en su áspera guerra contra la potente Inglaterra.

»Aquellos bravos marineros pusieron a nuestra disposición

sus esbeltas naves, y una noche conseguimos forzar el bloqueo y echar el ancla bajo los muros de Boston, ya estrechamente cercada por todos lados y cubierta día y noche de balas americanas, que poco a poco iban derrocando sus fortificaciones.

»Allí, los dos hermanos, cuando la ciudad resistía aún, se encontraron frente a frente, y el marqués recibió de su hermano la primera estocada, que por poco no le mandó a reposar para siempre, y... ¡Ah!

Cabeza de Piedra se incorporó impetuosamente, mirando al inmenso brasero, en el que poco a poco se carbonizaba Nico, a quien ninguno había pensado en arrastrar hasta el refugio.

—¡Los osos! —gritó—. Más tarde continuaremos esta historia. Ahora tenemos que pensar en conservar íntegras las magras. Ese perro de indio se ha propuesto engordar a sus osos a costa nuestra. Acaso haya conseguido hacerlos carniceros. ¡Vamos, arriba todos!...

CAPÍTULO IX

EL RETO DEL OSO DE LAS CAVERNAS



En efecto, los cuatro plantigrados se habían presentado de improviso y daban vueltas en torno al fuego, lanzando rugidos de furor, molestos al encontrarse con aquel obstáculo, para ellos difícil de salvar.

Se incorporaban sobre sus patas traseras para mirar mejor dentro de la grieta del pino, y luego, presa de violentísima cólera, se revolcaban en la nieve, completamente insensibles al frío agudísimo y a las ráfagas, redoblando sus rugidos.

—Sin la fogata, esa canalla estaría ya aquí dentro —dijo Cabeza de Piedra, oprimiendo entre sus dedos el gatillo de su carabina—. Es el indio quien los ha vuelto a conducir hasta aquí. No me había engañado.

—¿Probamos a batir los tambores? —preguntó Petifoque.

—Deja en paz los pellejos de asno.

Estoy cierto de que para nada nos aliviarían.

—Entonces, matémoslos a tiros.

—Despacio, amiguito. Son cuatro todavía.

—Pero, sea como fuere, hemos de desembarazarnos de ellos —dijo Jor—. No podremos descansar ni una hora siquiera con esos animalitos encima.

—No podemos hacer más que seis disparos a la vez, porque no cuento el mosquetón del indio que empuña ahora el señor Oxford —dijo Riberac—. Podremos matar uno, o a lo sumo dos, pero los otros se nos echarán encima sin darnos tiempo a preparar de nuevo las armas.

—Tenemos la hoguera.

—Pero podrán dar fácilmente la vuelta, Jor —repuso el traficante—. Si el indiano los azuzase, ya estarían dentro del refugio.

—Lo mismo pensaba yo —dijo el viejo bretón—. La fogata no es tan extensa que no puedan rodearla por un lado o por otro. Con todo, hay que decidirse. Ya estoy hasta los pelos de esos endemoniados bichos.

—Esperemos al amanecer —dijo Riberac—. Si se contentan con revolcarse en la nieve, dejémoslos tranquilos.

—Parece que ya se cansan de ese entretenimiento —dijo Petifoque—. Ya se han incorporado y se preparan a desafiar hasta el humo. Entre los mugidos del viento me ha parecido oír un silbido, una señal del indio, sin duda alguna.

—¡Si le echamos la vista encima a ese canalla...! —gritó furibundo Cabeza de Piedra—. Yo creo que ha vivido demasiado y va buscando la muerte. Estemos alerta.

(Continuará en el número próximo.)



LEED LA DIVERTIDÍSIMA AVENTURA
PINOCHO CAZA UN LEON
DE LA SERIE **PINOCHO CONTRA CHAPETE**
QUE ACABA DE PONERSE A LA VENTA
EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS
Ayuntamiento de Madrid



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



AI I U Y A S **DE LA VERBENA** **DE SAN ANTONIO**



San Antonio es la primera
 De la fiesta verbenera



Unos a pie, otros andando
 Al Santo, van caminando



Todo el que tiene dinero
 Va en un simón pesetero



Venden rosquillas de yema
 De cal y canto y arena



En el Tío Vivo montada
 Está la gente encantada



Comen churros a porfía
 Entre gran algarabía



Con muchísimo salero
 Otros bailan el bolero



De San Antonio bendito
 Los chicos compran un pito



Algunos en la verbena
 Llevan solo albahaca buena



A un paleto, dos rateros
 Casi lo dejan en cueros



Por beber con gran exceso
 A éste se lo llevan preso



El público divertido
 Se va por donde ha venido

¿SABEIS POR QUÉ...?

DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

¿POR QUÉ TENEMOS DIFERENTES GUSTOS PARA LAS COMIDAS?

La diferencia en los gustos es proverbial, hasta el punto que decimos: «Sobre gustos no hay nada escrito». Sin embargo, como no hay nada escrito, voy a escribir ahora sobre los gustos —sobre los gustos en las comidas—, rompiendo y anulando el proverbio. La diferencia de paladar es una verdad sabida, y no deja de extrañar un poco que, entre individuos de la misma clase, edad y apariencias, exista, en cuanto a las comidas, una diversidad de gustos marcadísima. Pero no hay que extrañarse mucho. Hombres de la misma clase, edad y apariencias son, sin embargo, distintos. Difieren en estatura, difieren en rostro; tienen también, al mismo tiempo, predilecciones opuestas. Sabido es cómo las señas dactilares son únicas en cada individuo. Es, pues, comprobado que de hombre a hombre hay una diferencia muy marcada. Pues bien: la diversidad de gustos en las comidas tiene su *por qué* en aquellas diferencias. Como no hay un hombre igual a otro, como cada uno de ellos tiene un organismo *suyo*,

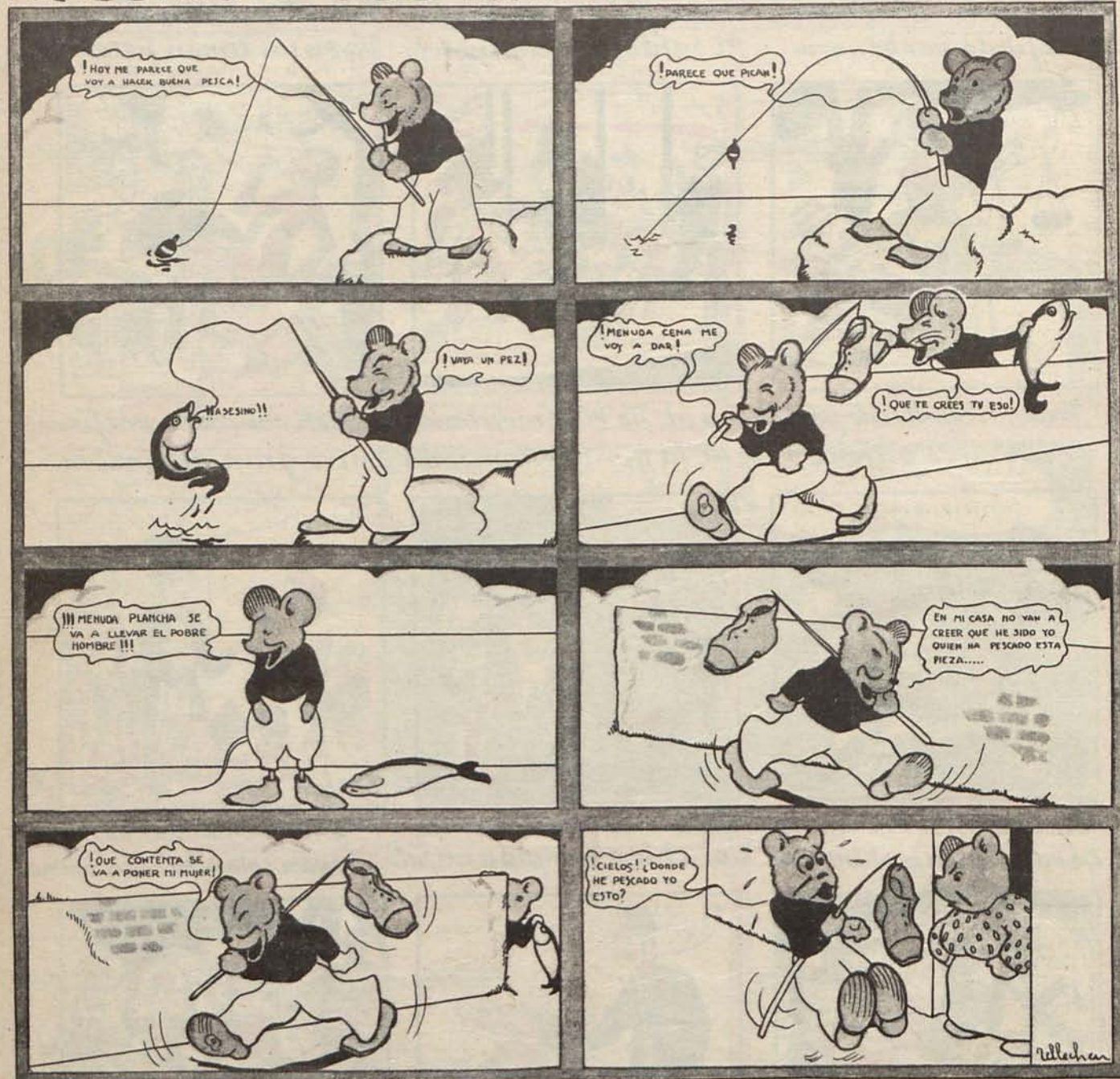
distinto de los demás, cada individuo posee también necesidades y gustos propios, personales. Así, el hombre que goce de un organismo adecuado para las grasas, gustará de estos alimentos; quien



guste, por el contrario, de los vegetales, necesitará tales substancias. Los niños, todos los pinochistas, son apasionados de los dulces. ¿Es ello un capricho? No, no es un capicho. El pinochista, como niño que es, necesita del azúcar. Su organismo —el del niño— está en crecimiento y precisa, por este motivo, de substancias reconfortantes. El mismo pinochista, que ahora gusta de los dulces, mañana, cuando sea hombre, no gustará tanto de tales golosinas porque ya, su organismo, crecido y hecho, no lo reclamará. No hay arbitrariedad en los gustos. Puedo asegurarle. Cada predilección, en cuanto a

las comidas, tiene una razón orgánica, muy seria. (Exceptuando todo exceso, que también puede haberlo en las comidas como en las bebidas).

HAZANAS DEL RATON DON ROQUEESO



ACABA DE PUBLICARSE
**PINOCHO EN EL CENTRO
DE LA TIERRA**

DE LA SERIE "PINOCHO CONTRA CHAPETE"
PEDIDOS EN TODAS LAS BUENAS LIBRERÍAS

HISTORIAS DE ANIMALES

DE PESCA

Pinocho ha venido a decirme que uno de sus lectores quiere salir conmigo a pescar. Yo no tengo inconveniente. Ya advertí en la caza del león que estoy dispuesto a cazar todos los animales que se nos pongan por delante.

Vamos, pues, el lector y yo a pescar. ¿Qué pescaremos?

Desde luego, sardinas no. Las sardinas son difícilísimas de pescar. Es casi imposible que el anzuelo enganche la lata donde las sardinas viven de seis en seis. Siempre resbala el anzuelo en la superficie, y es pesadísimo. Ignoro de qué medio se valen en las tiendas de comestibles para percarlas en gran cantidad. Debe ser con un imán que atraiga la lata, seguramente.

Descartada la sardina, descartemos el calamar por sucio. Nos mancharía los dedos y los trajes de tinta, como si estuviésemos en palotes.

¿Quieres el pez-espada? Para la pesca del pez-espada no hay más que coger una vaina y meterla en el agua. En cuanto la vea, dirá el pez-espada:

—¡Hombre! ¡Una vaina! Voy a probar si le sirve a mi espada.

Excuso decirlos que en cuanto meta la espada en

la vaina, ya está pescado. No hay más que tirar para arriba.

El percebe exige grandes molestias para dejarse coger. Ya sabéis que es un bicho que vive en raciones entre las rocas y tiene las uñas muy grandes. Es necesario, para que asome y se le pueda coger, que nos vistamos de señora y llevemos un maletín. De esta facha, nos metemos en el agua, y al llegar a las rocas del fondo, donde el percebe se oculta, y dar en la roca con los nudillos, diciendo:

—Soy la manicura.

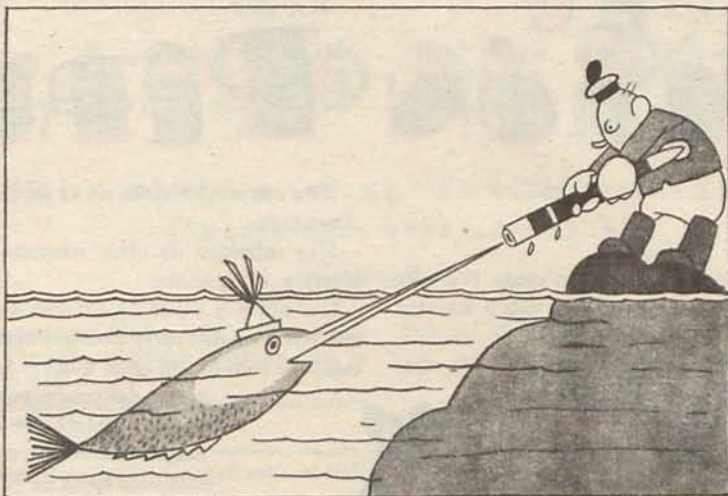
Entonces, asomará sus uñas

el percebe para que se las arreglemos, y tiramos de él.

Yo creo que la mejor pesca es la de la pescadilla. No necesita muchas complicaciones.

Nos vamos a la orilla del mar con un palo cada uno. La pescadilla es un animal que se está siempre mordiendo la cola, de modo que está echa una rueda. No hay más que esperar a que pase y ensartarla con el palo.

Y si ponemos una sartén con aceite y las vamos friendo al mismo tiempo de pescarlas, el negocio es de los que hacen época.



EL CONDOR SOCIABLE

Los más altos picos de los Andes pasaban debajo de él a gran velocidad. Volaba a una altura inverosímil y batía sus alas lentamente, como si acariciara el aire.

De vez en cuando se escapaba de su pico un furtivo suspiro y asomaba a sus ojos una furtiva lágrima. Iba triste y agobiado por sus negros pensamientos.

—¡Siempre así! ¡Solitario en las alturas! Nadie se acerca a mí. Ni la perdiz, ni la paloma, ni ninguna ave se atreve a acercarse a mí, porque creen que me los voy a comer. Y yo no quiero comerme a nadie; yo tengo grandes deseos de tener amistades, y cariños, y conocimientos. Hay pájaros, el canario, por ejemplo, que consiguen que lo guarden en una jaulita dorada y lo cuelguen en las galerías y los balcones, donde todo es alegría. A mí nadie quiere meterme en una jaulita de canario. Yo, por complacerle, hasta aprendería a piar, y lo haría mejor que esa bolita de pluma amarilla. Los hombres que se acercan a mí, cuando reposo, lo hacen escopeta en mano. Una vez que quise hacerme amigo de un hombre, y me lo llevé por los aires con objeto de hospedarle en mi nido, por poco me matan a tiros creyendo que yo me llevaba a aquel hombre con intención de comérmelo.

¡Qué horrible calumnia! Yo no me como a nadie, y para evitar las tentaciones me hice vegetariano.

El último buey que me comí, no lo hice con mala intención, sino con la de verme, cuando lo hubiera dejado en los huesos, dentro de la jaula de sus costillas y hacerme la ilusión de que estaba encerrado en una jaulita tranquila y que me daban azúcar y lechuga los señores de la casa y los niños metían los dedos por entre los barrotes para que yo les mordiera, de broma, sin apretar ni hacerles daño.

En esto, el condor vió un libro en el suelo. El no sabía lo que era un libro; pero como no era fácil de confundirlo con un teniente de infantería ni con una bicicleta, comprendió que no podía ser sino un libro. Lo abrió, y vióse retratado en una página, llevándose al joven por los aires. El libro se llamaba *Los hijos del capitán Grant*, y debajo del grabado, decía: «el feroz condor roba a Roberto para devorarlo».

—¿Quién habrá hecho esta infamia? ¡Se trata de desacreditarme por medio de la calumnia! ¡Y habrá quien crea esta patraña inmundal! ¡Quiero morir, pobre de mí! ¡Me suicidaré!

Dió un paso, y se precipitó al barranco insondable; pero como sabía volar, se fue para arriba y no le pasó nada.

Entonces, voló al revés, es decir, con la pechuga y las patas hacia arriba, y se remontó para abajo.

Y se estrelló en el fondo del barranco, dando así fin a su melancolía.



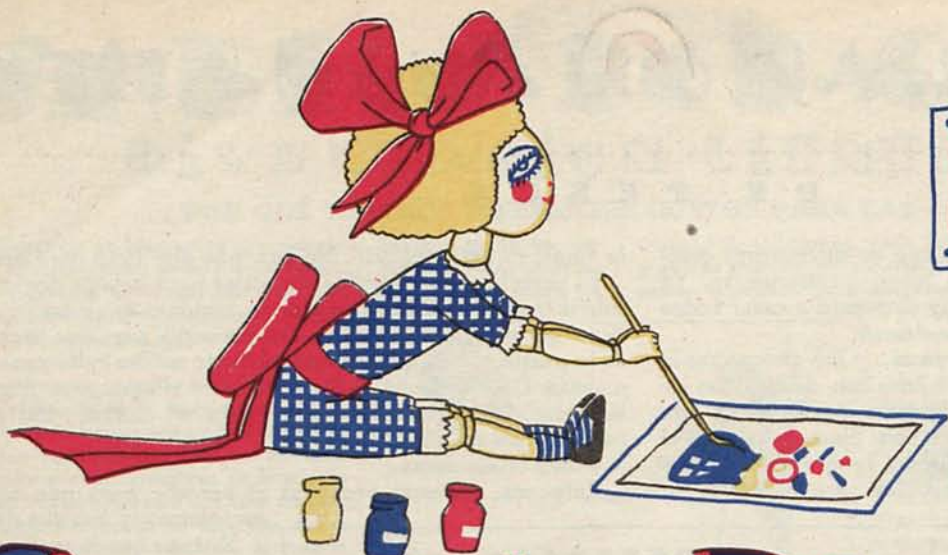
Muñecas Pagés

Trajes para Niños

PERRITO XAUDARÓ

Peligros 6 Y 8 (entresuelo) Madrid

Ayuntamiento de Madrid



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA

¿A qué jugamos?

¡Ya llega el verano! ¡Ya llegan las vacaciones! ¡Pronto tomaréis el tren y os iréis a la sierra o a la playa! ¡Lo que os vais a divertir! ¡Lo que vais a jugar!

Os halláis reunidos unos cuantos en el jardín de la casa de campo o en un prado, y en medio de la animación general surge un problema: «¿A qué vamos a jugar?»

Juegos no faltan: al escondite, a las cuatro esquinas, a la gallinita ciega, a justicias y ladrones, al «torito sentado», ¡qué sé yo!

Sí, pero... todo eso son los juegos de siempre, y al cabo de unas cuantas tardes acabaréis fatalmente por desear otro juego más nuevo, más original.

¡Ah! las personas mayores se figuran que los niños no tienen quebraderos de cabeza. ¡Es un grave error! ¡Hay que ver la enorme, la terrible preocupación que constituye el buscar un nuevo juego!

Pues bien; ¿por qué no organizaríais un «gymkhana»?

¿Y eso, qué es?, exclamais todos.

Aunque la palabra parezca tan rara, la cosa es muy sencilla en sí; pero se presta a complicaciones imprevistas, sin fin.

El «gymkhana» es como si dijéramos una parodia de deporte, un deporte alegre, cómico; consiste en unas carreras destinadas a hacer gracia, a provocar la risa en los concursantes y, quizás más aún, en los espectadores.

Seguramente habréis asistido alguna vez, en una fiesta de pueblo, a una carrera de sacos en que rivalizan en velocidad unos muchachos, con los pies metidos en un saco que llevan atado a la cintura.



Esta carrera de sacos no es sino un número de «gymkhana» rudimentario.

Hay infinidad de otros números bastante más ingeniosos; por ejemplo, el siguiente:

Los niños y niñas se colocan en fila y a cada uno se le entrega una llavecita que corresponde a alguna de las maletas que previamente se colocan, en igual número que los concursantes, al otro extremo del prado, paseo, patio o lo que sea.

(Este detalle de la llave puede suprimirse para mayor sencillez, y en lugar de maletas se colocarán entonces cajas de cualquier forma.)

A una señal dada todos echan a correr, y al llegar a las maletas o cajas, cada niño abre una al azar (cuando son maletas esta operación se complica, pues cada niño ha de buscar la que corresponde a su llave y, salvo una feliz casualidad, habrá de probar con varias cerraduras antes de encontrar la buena) y saca de ella un disfraz que tiene que ponerse, lo más correctamente posible, antes de volver al punto de partida.

Sucede a menudo que un niño encuentra un disfraz de niña o recíprocamente, y tiene que operar el cambio a escape; también suele suceder que con las prisas se introducen los dos pies en la misma pierna del pantalón, o se abrocha una levita por detrás, etcétera, etc... Sin contar con que, generalmente, los sombreros vienen anchos o chicos, las faldas arrastran por el suelo, las mangas se quedan cortas, etc., etcétera.

Todo esto se presta a grandes efectos cómicos y suelen menudear las carcajadas. ¡Cuánto siento no asistir a vuestro «gymkhana» para reirme también con vosotros y con todos los que lo presencien.

PIRULA BORDADORA

Mantel para el te.

¿Hay nada más halagador, cuando se es una señorita de doce años para abajo, que ejercer las importantes funciones de ama de casa?

Y entre estas funciones, ¿hay ninguna más divertida —y sabrosa, por supuesto— que la de ofrecer a sus amiguitas una rica merienda?

La propia «amita de casa» echará en las tazas el chocolate, cacao o café con leche —sabido es que a las niñas y las muñecas el te nos perjudica y nos quita el sueño—, ofrecerá la bandeja con los bollos, cortará el «cake» en rajitas, untará con mantequilla las tostadas, brindará el azucarero, etc., etc. Incluso ocurre —os aseguro que se han dado casos— que la pequeña anfitriona se olvida de merendar para obsequiar a sus invitadas.

Pues bien; hay algo aún más agradable, y es borrar personalmente el mantel que cubre la mesa de la merienda.

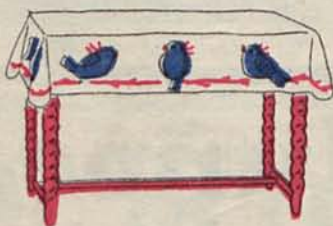
Estoy segura de que, tomada sobre el mantel que os presento aquí, la merienda os sabrá mejor. ¡Son tan monos estos pajarillos azules!

Se hacen en tela de hilo recortada y pegada sobre el mantel de «crepé», perfilándolos en negro; negros son también los puntos de

zurcido que bordan las alas. La rama se borda con algodón encarnado, a punto de cadeneta.

Para completar vuestra obra podéis hacer que las servilletas hagan juego con un pajarillo en cada esquina, o con uno solo en una esquina si —el caso es improbable— os sentis con pocos ánimos de trabajar.

La rama, lo mismo en las servilletas que en el mantel, disimula graciosamente el pes-



punte del dobladillo, que es más rápido y sencillo de hacer que una vainica. En cuanto a los flecos, están por completo pasados de moda.



EL TEATRO DE PINOCHO

PINOCHO, PIRULA Y EL SEÑOR POLICHINELA

COMEDIA BUFA REPRESENTABLE,

(Continuación.)

COLOMB. Sin hacerle caso. Para impresiones, Norteamérica. Y eso que yo, personalmente, prefiero las películas italianas. ¡Oh, la Bertini! ¡Oh, la Borelli! ¡Oh...!

POLICHI. ¡Oh, qué criatura más absurda! Aparte. ¿Pero cuándo me sacarán de este atolladero Pinocho y Pirula?

COLOMB. Del pupitre entreabierto ha sacado una fotografía y la contempla con arrobo, murmurando: ¡Monísimo! ¡Este Jackie Coogan está monísimo! ¡Qué artistazo!

POLICHI. Alumno Pierrot, vamos con la lección de Geografía. Pierrot permanece inmóvil y silencioso, con la cabeza entre las manos. Polichinela, más alto: ¡Alumno Pierrot, enumere usted las capitales de provincia de Guinolandia! Mutismo de Pierrot. Polichinela grita con impaciencia: ¡Alumno Pierrot, conteste usted! Rugiendo. ¡Alumno Pierrot!, ¿se ha vuelto usted sordo? ¡Alumno Pierrot!, ¿me oye usted?

PIERROT. Sin moverse y con voz suave y lejana. Oigo...

POLICHI. Serenándose. Vaya, menos mal...

PIERROT. Oigo... un tango delicioso...

POLICHI. Se pone en pie de un salto, se abalanza hacia Pierrot, le agarra de un brazo, levanta la tapa del pupitre y lanza un grito de asombro y de ira. ¡La radio! ¡Ha instalado un aparato de radiotelefonía en su pupitre! Exasperado. ¡Esto es demasiado! ¡Yo no aguantó más! Polichinela se precipita hacia la puerta, la abre bruscamente y retrocede con una exclamación. En el umbral aparecen Pinocho y Pirula. Pinocho viste un traje completo de futbolista, pero con sombrero de copa, lo cual le da un aspecto singular y cómico. Pirula trae un inmenso sombrero recargado de plumas, lazos y flores y un vestido de rasc, a ser posible, de color chillón y con cola. La niña encargada de este papel hará bien en ponerse algún traje viejo de su madre. Su aspecto debe ser extravagante, teatral y de mal gusto; pero lujoso.

PINOCH. Con exagerado acento inglés. ¡Good by!

PIRULA. Con exagerado acento italiano. ¡Bonyorni, signorini y la compaïni! Arlequín y Colombina han levantado la cabeza y los contemplan estupefactos, con la boca abierta.

POLICHI. Sin reconocerlos al pronto. ¿Pero, quiénes son ustedes?

PINOCH. Por lo bajo, con voz natural. ¿Tan desconocidos estamos, señor Polichinela? Al oírle, Polichinela tiene un gesto de sorpresa y alegría y se lleva la mano a la boca como para aguantar la risa. Pinocho dice en voz alta y con acento inglés, muy de prisa: Yo ser el señog presidente del «Real e imperial Club futbolístico internacional, universal, mundial y extemporáneo».

Arlequín ahoga una exclamación, se pone en pie y hace un gesto instintivo hacia él.

PIRULA. Con acento italiano y muy de prisa también. Io sono signora directora de «Grandisísima Societá de arte peliculística, cinematografística, impresionáble y bersaglierini».

Colombina lanza un grito, se levanta, hace un gesto hacia ella.

POLICHI. ¿A qué motivo debo el alto honor de recibir a tan elevadas e ilustres personalidades?

PINOCH. Yo habeg oído hablar de un joven, más deseoso de dar patadas que de estudiar. Vengo a preguntar si él querer tomag pagte en formidablesco match y ser consagrado campeón futbolístico en el mundo.

ARLEQ. Precipitándose hacia él. ¡Si quiero!, ¡sí!, ¡sí!

PIRULA. lo buscare aquí siñorina per creare protagonista en una kilométrica cinta llamada «Espeluznante venganza de la

mano blanca o Aventuras de una joven valisoletana en Singapur». ¿Non es cui alguna siñorina para impresionare?

COLOMB. Precipitándose hacia ella. ¡Yo!, ¡yo!

POLICHI. Fingiendo resignación. Vaya, mis queridos alumnos, veo que vuestros deseos van a ser colmados. Solamente el pobre Pierrot...

PIRULA. Por lo bajo, con voz natural. No se apure por él, señor Polichinela, que también él tendrá su cuenta.

ARLEQ. Con entusiasmo. ¡Por fin, voy a ser futbolista!

COLOMB. Idem. ¡Por fin, voy a ser peliculera!

PINOCH. Vayamos, footing, señogues, vayamos footing.

PIRULA. Andiamo, siñorini y la compaïni.

Salen con Arlequín, que va dando patadas a derecha e izquierda, y Colombina, que va haciendo grandes gestos dramáticos. El señor Polichinela los sigue frotándose las manos.

PIERROT, que ha permanecido inmóvil, sin enterarse de nada, murmura con éxtasis al momento de salir todos: ¡Oh, qué marcha más linda! ¡Qué marcha!, ¡qué marcha!

CUADRO III

La escena representa el cobertizo donde impresiona sus películas la Sociedad de Arte Peliculista Cinematográfico.

Colgados de la pared se ven varios cuadros; uno representa una estación de ferrocarril; otro, una vía del ferrocarril; otro, una carretera; otro, un bosque, o una calle, o un campo, etc., etc.

(Continuará en el número próximo.)

Leed las nuevas y extraordinarias aventuras de Pinocho

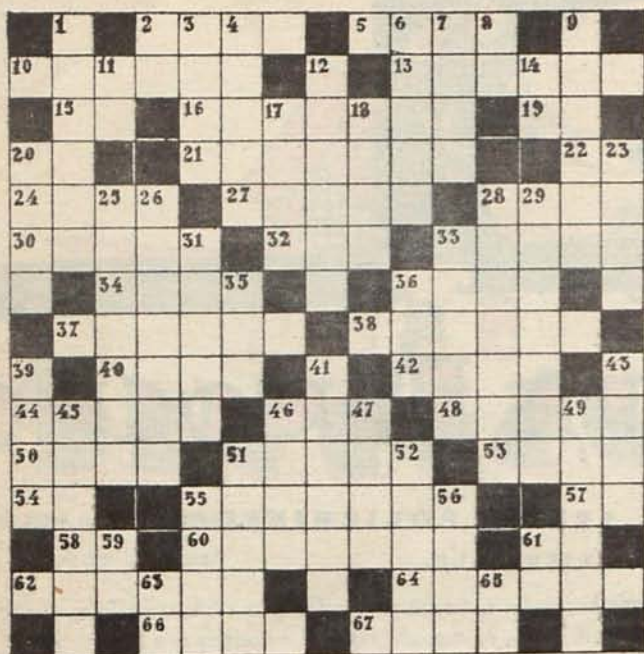


Ayuntamiento de Madrid

CONCURSOS

PALABRAS CRUZADAS

PROBLEMA



LISTA DE INDICACIONES

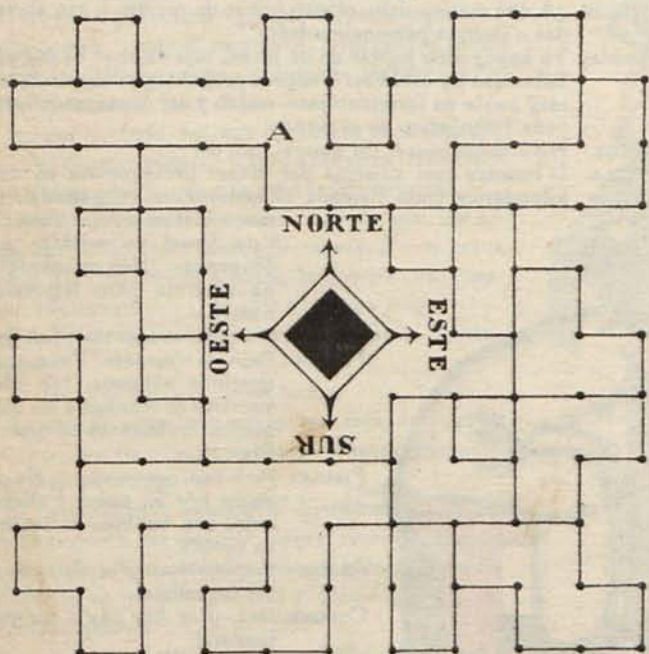
HORIZONTALES

2. Edificio.—5. Pueblo salmantino.—10. Sombrero.—13. Pendientes.—15. Artículo.—16. Extranjero.—19. Tiempo de verbo.—20. Bebida.—21. Socavón.—22. De la baraja.—24. Subir.—27. Sabio de Grecia.—28. Del billar.—30. Del mar.—32. Río gallego.—33. Pelos.—34. Nombre de mujer.—36. Tiempo de verbo.—37. Coleóptero.—38. Tiempo de verbo.—40. Nombre ruso de hombre.—42. Costal.—44. Árboles.—46. Metal.—48. Batracios.—50. Suerte.—51. Pueblo malagueño.—53. Vellón.—54. Pronombre.—55. Emocionante.—57. Marchar.—58. Preposición.—60. A un barco.—61. Pronombre.—62. Árboles.—64. Mojar.—66. Gastar.—67. Nombre de varón.

VERTICALES

1. Espesura.—2. Letra.—3. En un pájaro.—4. Abandonados.—6. Regla.—7. Tiempo de verbo.—8. Tiempo de verbo.—9. Movimiento del mar.—11. Río.—12. Nombre de mujer.—14. Letra.—17. Repeticiones.—18. Vil.—20. Estafa.—23. Hierba silvestre.—25. Piedra diminuta.—26. Mudar.—28. Plantación.—29. Flor de adorno.—31. Las dos.—33. Pasar por un paño.—35. Pueblo en Castellón.—36. Vaca.—39. Nombre.—41. Yemas.—43. Guisar.—45. Herramienta.—46. De un sentido.—47. Mancha en los metales.—49. Echar anís.—51. Mezcla.—52. Agarrado.—55. Voces.—56. Juguetes.—59. Negación.—61. Tiempo de verbo.—63. Preposición.—65. Letra.

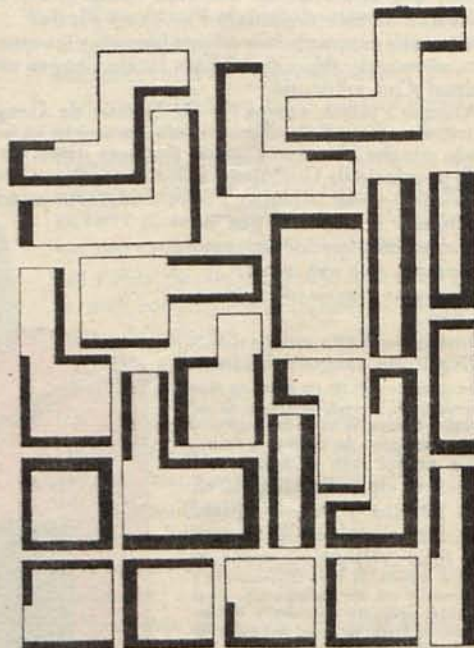
BUEN VIAJE



¡Pinochistas! ¿Sois buenos andarines? ¿Que sí? Vamos a verlo. ¡Animo y a desarrollar las pantorrillas!

Tenéis que hacer un recorrido de 240 kilómetros, pero no os asustéis, no se trata de ir a provincias; la carrera la haréis saltando... con la punta del lápiz, de punto en punto, partiendo del señalado con la letra A. La distancia que hay de un punto a otro es de 10 kilómetros; así, pues, habéis de recorrer 60 kilómetros de NORTE a SUR, 60 de OESTE a ESTE, 60 de SUR a NORTE y 60 de ESTE a OESTE, volviendo al punto de partida, o sea al señalado con la letra A; total 240 kilómetros. Para hacer este recorrido calcad el dibujo, y con una línea más gruesa indicad el recorrido.

EL PLANO CONFUSO



Pues señor; aquí tenéis un plano de un edificio; pero no vayáis a creer que es de un edificio cualquiera, no. Se trata del plano del palacio de Pinocho. Porque habéis de saber que Pinocho se iba a hacer un palacio, un palacio magnífico, como corresponde a su jerarquía y rango. Pero nuestra desgracia es inmensa, pues cuando pedimos el proyecto al arquitecto, éste se ha vuelto loco y ved qué plano nos ha entregado.

Como tenemos mucho que hacer, pues nos tenéis mareados con tantas soluciones, no tenemos tiempo de ordenar este plano, y Pinocho nos ha dicho que únicamente vosotros sois los capaces para solucionar tamaña empresa.

Las líneas finas son los tabiques y las gruesas los muros; pues bien, hay que unir las piezas de manera que todas las habitaciones estén rodeadas de muros, teniendo cuidado de que nunca haya dos tabiques o dos muros juntos, sino un tabique y un muro. Una vez compuesto el plano deberá tener la forma de un cuadrado perfecto.

A NUESTROS CONCURSANTES

Queridos pinochistas: En el número próximo daremos la lista con los nombres de los afortunados amigos de PINOCHO que más acertadamente han solucionado los concursos de la segunda serie, correspondientes a los números 5, 6, 7 y 8.

Durante el verano PINOCHO servirá el periódico sin aumento de precio a los suscritores que avisen su cambio de residencia

Enviad las soluciones a PINOCHO, Apartado 447-Madrid, poniendo en el sobre «PARA EL CONCURSO».

CUPÓN 17

♦ ♦ ♦ ♦ Colaboración infantil

¡Ahl, no olvidéis que con las soluciones de cada número debe acompañar el cupón que dice:

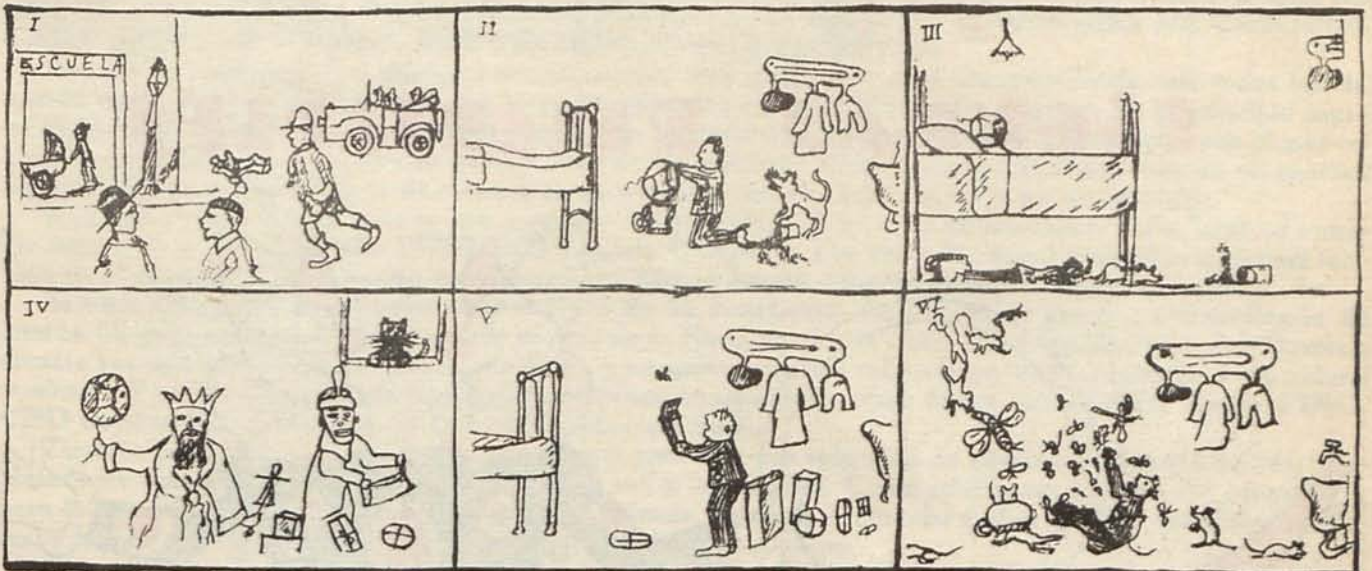
“Concursos PINOCHO”

CUPÓN 17

♦ ♦ ♦ Concursos PINOCHO

Ayuntamiento de Madrid

COLABORACION INFANTIL



—¿Qué te van a poner los Reyes este año? —No sé, chico; porque el año pasado les gasté una broma. —¿Qué hiciste? —Pues pinté a un balón narices y ojos y lo puse en mi cama para que se creyeran que era yo, y me metí debajo de la cama. Por la mañana, cuando fui a ver qué me habían puesto, vi unos paquetitos, y al abrirlos salieron muchos bichitos que me picaron mucho. —Pues te estuvo bien empleado, porque a los Reyes no se les engaña. —EUGENIO DE ARIZCUN, siete años. Tetuán.



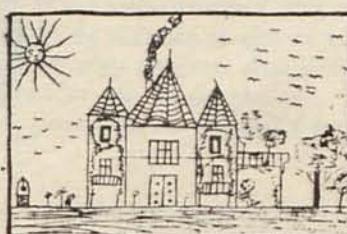
Mi hermanito pequeño disfrazado por Carnavales.

MARI CERE MARQUÉ.
Doce años, Logroño.



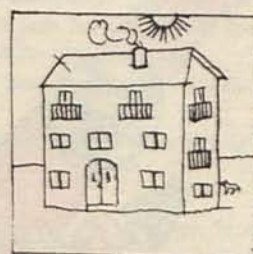
Este es un intrépido cazador que camina hacia la selva [con ardor.

CRISTÓBAL MENÉNDEZ
Doce años, Gijón.



Mi villa.

TRINI GROSS MOLINS.
Ocho años, Málaga.



La casa donde veraneo.

RITA SIDRO.
Diez años, Madrid.



Constantino Cebolleta, servidor de ustedes.—GURI, once años. San Sebastián.



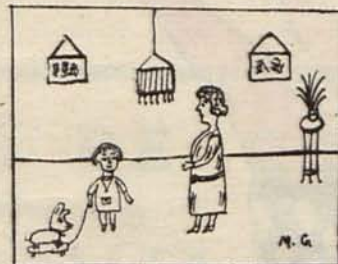
Totó en la playa.

ELITA VILLASANTE.
Doce años, Madrid.



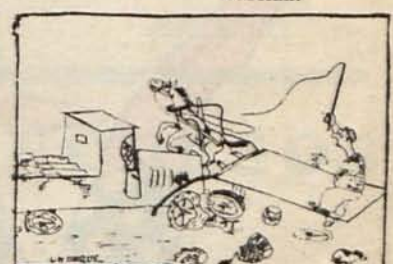
Mi perro favorito.

MARÍN ROMANOS.
Diez años, Zaragoza.



—Mira, Toñín; cuando venga la criada le dices que me llame.
—Bueno, mamá; ¿y si no viene?

MIGUEL GONZÁLEZ.
Doce años, Valladolid.



Un choque.

FRANCISCO CABRERO.
Santander.



Pinocho, Sultán de Túnez.

JOSÉ HERANS.
Quince años, Madrid.



—¿Por qué hay allí tanto niño?
—¿Qué pasará en aquel kiosco?



¿Qué ha de pasar D. Fernando!
¿Que venden allí PINOCHO!

V. LARRAZ.
Catorce años, Zaragoza.



El médico al preso.—No se olvide, ¿eh? Mucho sol, mucho aire, mucho trato de gentes y una sana alimentación.

C. GARCÍA DÍEZ.
Madrid.

A NUESTROS COLABORADORES

Para colaborar en PINOCHO debéis hacer los dibujos con tinta china, nunca con lápiz ni en colores. Los cuentos no deben pasar de cuarenta líneas escritas en una cuartilla corriente. Mandad los trabajos firmados con vuestro nombre y apellido, indicando el lugar de vuestra residencia y edad, y acompañados del cupón para «Colaboración infantil».

ADVERTENCIA:

Son tantos los trabajos que recibimos, que no es posible publicarlos con la rapidez que desearíamos; pero todos irán publicándose por el orden que se vayan recibiendo. Por eso os recomendamos que tengáis un poco de paciencia.



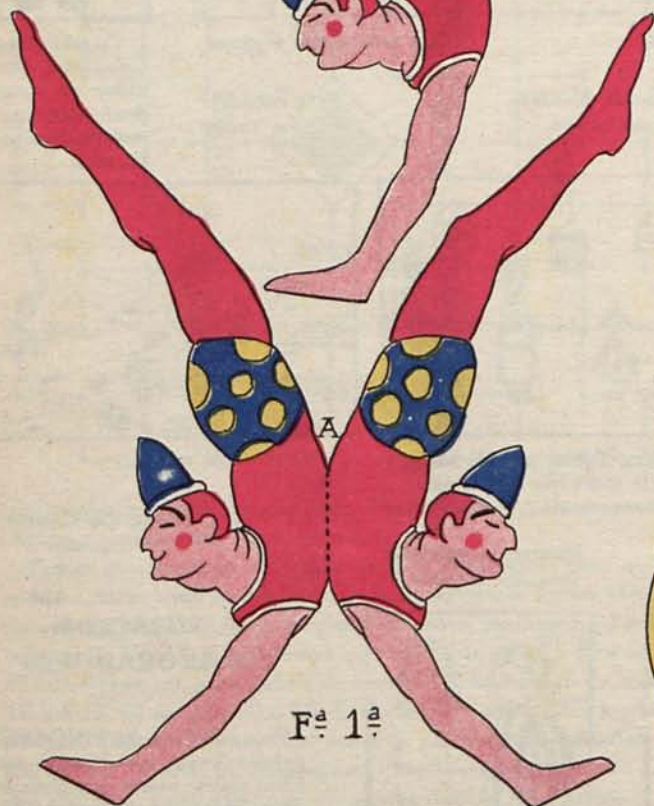
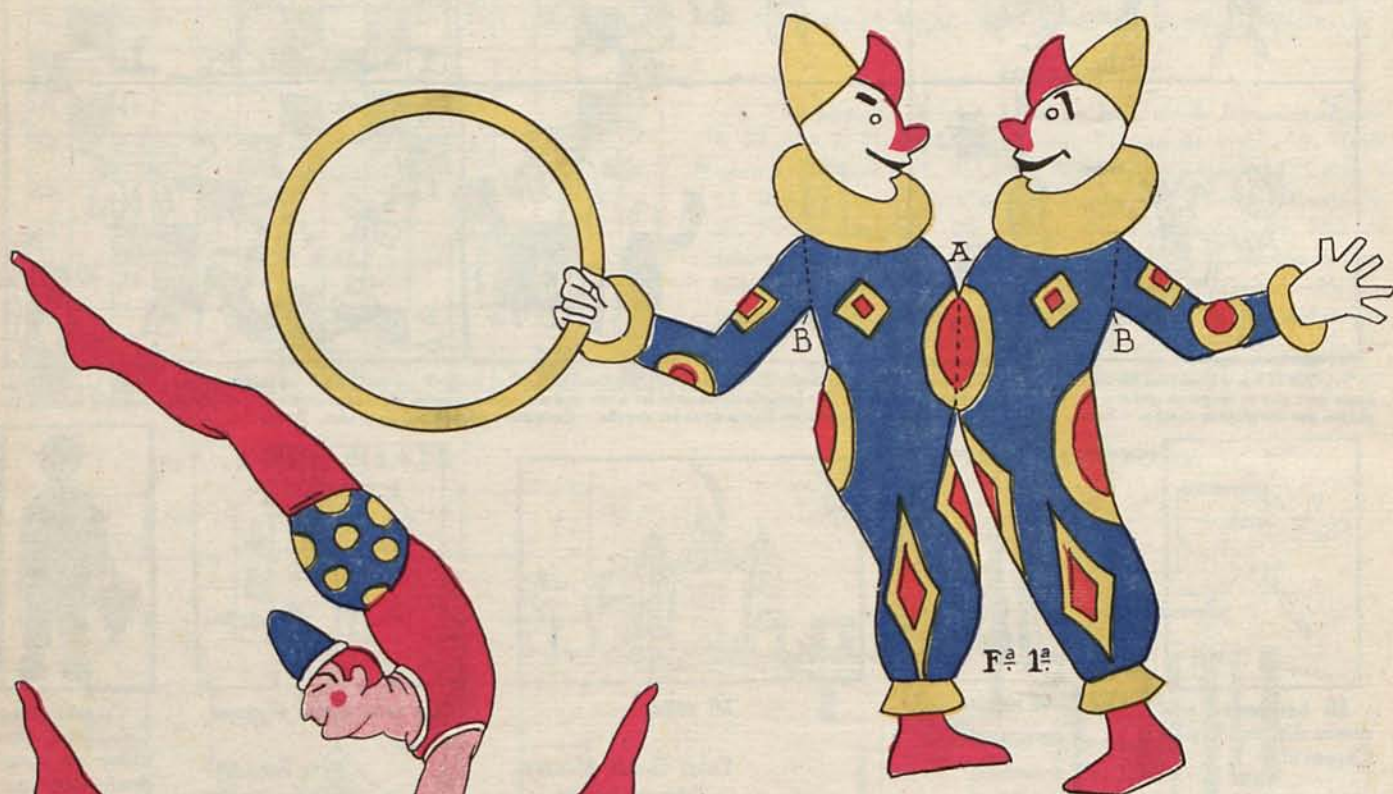
Esta es la procesión que una noche soñó Pinocho.

MARUJA CLAVER.
Nueve años.

SECCIÓN RECREATIVA



FIGURAS RECORTABLES



INSTRUCCIONES

Figura 1.ª—Recórtese por la línea exterior. Dóblese por la línea A y péguense el cuerpo y cabeza un lado con otro, dejando sin pegar los brazos y piernas.

Figura 2.ª—Recórtese como el anterior. Dóblese por la línea A y los brazos por la línea B de manera que queden como en el modelo. Péguense el cuerpo y la cabeza un lado con otro.

□ □ □

Con estos muñecos que os damos, hoy empezamos una serie de figuras de circo. Guardadlas y llegaréis a reunir la más estupenda compañía de circo conocida.

NOTA IMPORTANTE

Con un trozo de papel, recortado y doblado convenientemente, según los modelos e instrucciones que os damos aquí, podréis construirsos estos preciosos muñecos.

Estas figuras no la recortéis del periódico, pues lo estropearíais; calcadlas sobre un papel grueso o cartulina flexible, y así, aunque os equivoquéis alguna vez, podéis repetir hasta que acertéis a hacerlo bien. Una vez recortada y doblada la figura, la pintáis como el modelo.

como yo y luego publiquemos vuestro retrato así vestidos. Otro: Colecciones completas de mis aventuras, encuadernadas en tela y con el nombre del pinochista premiado estampado en la tapa con letras de oro. ESTO ADEMÁS DE INFINIDAD DE JUGUETES, LIBROS Y COSAS BONITAS. ADEMÁS, CADA «CONCURSO» TENDRÁ DOS SECCIONES: UNA PARA NIÑOS MENORES DE NUEVE AÑOS Y OTRA PARA LOS MAYORES DE ESTA EDAD Y MENORES DE CATORCE. CADA SECCIÓN TENDRÁ SUS PREMIOS INDEPENDIENTES.

Aún no he terminado. Los anuncios son un ingreso muy importante para los periódicos; casi todos los del mundo viven de la publicidad; pero los anuncios estropean el efecto de muchas páginas. Ya al principio suprimí el que como recordaréis, se publicaba debajo de las aventuras de *Don Turulato y Currinche*; era el más codiciado; pero estaba tan feo, que lo quité. Luego he ido quitando otros y desde el próximo número no quedará ninguno. También este esfuerzo de estética es un sacrificio que no podría hacer si no me ayudais...

Más, más. (Hasta los ansiosos se van a quedar estupefactos). Como ya os he anunciado voy a daros un episodio entero de mi famosa **Serie PINOCHO contra Chapete**. Ese episodio, cuya publicación empezará también en el próximo número **no se publicará en libros hasta que vosotros lo hayáis leído**.

Se titula **Chapete en guerra con el País de la Fantasía**. Es colosal de gracia y extraordinario de interés. Mi gran enemigo Chapete invade el *País de la Fantasía*, donde viven todos los héroes de los Cuentos; comete sus más endiabladas tropelías; acudo yo, y no quiero deciros más porque sería contrario a mi natural modestia. Y en los números próximos publicaré trozos escogidos de otros tomos nuevos de la **Serie PINOCHO contra Chapete**, que así conoceréis antes que nadie.

También pienso publicar, en cuanto tenga lugar para ello, una selección de cuentos, traducción inédita, completamente nueva y **directa del árabe** de *Las mil y una noches*. Como sabéis, sus cuentos son estupendos; pero lo que no sabéis es que en esta traducción, primera española directa del árabe, resultan muchísimo mejores, y hay en ella cuentos que no se conocían hasta ahora en Europa.

Con esto —a más de las constantes novedades que se me irán ocurriendo— y con asegurarnos que la correspondencia particular también se llevará casi al día, creo que no dudaréis de que si PINOCHO era ya el periódico infantil mejor del mundo, ahora lo va a ser del mundo y... de sus alrededores.

Pues bien: vosotros, que por el hecho de ser «pinochistas» sois todos niños inteligentes, buenos y comprensivos, os daréis cuenta de la enorme cantidad de sacrificios que el hacer todo esto supone.

Y todos estaréis conformes en que yo, por muy muñeco abnegado que sea, tengo forzosamente que tropezar con el límite de la posibilidad de sacrificio. Por eso os pregunto:

¿Queréis ayudarme entre todos con un pequeño, un pequeñísimo esfuerzo de vuestra parte?

(Voces de todos vosotros: ¡Sí, sí!).

—Gracias.

La ayuda que os pido es insignificante en comparación con lo que os voy a dar. Sólo se trata de un aumento de diez céntimos, diez miserables céntimos, dos minúsculas perras chicas..... lo que valen dos pirulís, nada casi...

Este pequeño aumento de precio en mi periódico me permitirá hacer todas las importantes mejoras que os anuncio y otras que vendrán a su tiempo.

Y... nada más. Con mi deseo de que paséis formidablemente vuestras vacaciones, durante las cuales pienso proponeros grandes cosas y sorprenderos agradablemente con sensacionales novedades, me despido y os abrazo.

PINOCHO

PRIMERA SERIE DE CONCURSOS

A C C É S I T S

Continuación de la lista de pinochistas premiados en el primer Concurso.

Por falta de espacio no podemos publicar aquí la lista completa. Definitivamente se terminará en el número próximo.

Maruja y Teresa Albeilhé (Bilbao), Félix Almansa (Granada), Manuel Bergue (Ponce, Puerto Rico), Antonio Gambetta (Lima, Perú), Isidorito Navarro (Irún), Angeles Ortiz (Manresa), Ernesto Laztero (Buenos Aires), Mercedes Rica (San Salvador), Alberto A. Micheli (Buenos Aires), Félix Luis Robles (Escorial, Madrid), Eusebio Castellanos (Madrid), Antonio Pichel Blanco (Habana, Cuba), José Aragonesa (Toledo), Alfonso Gorso Paso (Managua, Nicaragua), Eusebio Alonso Arias (Santiago, Chile), Francisco Alberola (Alicante), Carlos García Díez (Madrid), Pedro Salgado Muelle (Valparaíso, Chile), Héctor Molina (Tenerife), Antonio Torrero Viejo (Buenos Aires), Juan Villalobo Salis (Buenos Aires), Pedro Argensola Guaundix (Méjico), Rosario Alvarez (Pamplona), María Luisa Ageito Soler (Puebla Caramiñal), Manuel Argüelles (Oviedo), Antonio Leria Sumala (Buenos Aires), José Bedós (San Sebastián), Carmen Ramos Puente (Málaga), Luis Lapuente Díaz (Gijón), Rafael Moreno (Ronda), Augusto Azate y Salazar (Buenos Aires), Enrique Ramos Marín (Málaga).

Antonio López Domínguez (Orense), Alfonso González Aparici (Habana), Pedro Goñi Puzlazo (Buenos Aires), Enrique Sagasti (Valparaíso, Chile), Dolores Ramos Puente (Málaga), Emiliano Martínez (Tarragona), Elena Mata (Madrid), Enrique Macías (Vigo), Antonio Gallo (Cuzco, Perú), Federico Lorca García (Buenos Aires), Miguel Mazarrasa y Quijano (Santander), Juan Mesa Rodríguez (Tenerife), Manuel Muñoz (Pontevedra), Ricardo Nieto (Orense),

Conchita Naval (San Fernando), Antonio Garro Soltero (Barcelona), Gervasio Oria (Salamanca), Antonio López Macía (Buenos Aires), Alejandro Pérez Salmonte (Santiago), Vicente Redruello (Cáceres), Francisco Ricart (Villanueva y Geltrú), José Luis Revilla (Sevilla), Augusto Oria González (Callao-Lima), Ramón Sánchez (Peñaranda de Bracamonte), Enrique Lasso (Buenos Aires), Antonio López y Palma (Barcelona), Gregorio Soguero (Linares), Ramiro Trullenque (Zaragoza), Ascensio Troconiz (Miranda de Ebro), Pedro Teixidó (Lima, Perú), Augusto Abelenda y Santos (Barcelona).

José María Uribarren (Bilbao), Juan Jesús Pitta (Buenos Aires), Alfonso Vidal Sagasti (Méjico), Pedro López Orellanero (Salamanca), Luis Vélez (Huelva), Juan Laza Gordón (Santander), Alfonso Izurrateguia Macías (Bilbao), A. Vulariño (Coruña), Santiago Vidarte (Sanlúcar la Mayor), Mariano de Vicente Fonseca (Pontevedra), Lorenzo Agasetti (Valparaíso, Chile), Pedro López Ramos (Barcelona), Augusto Llopis Sancho (Granada), Leonardo Herrera Peralta (Cádiz), Antonio Vila (La Ginebra, Albacete), Manuel del Castillo (Guadalajara), Juan Ernesto Horques (Habana), Alfonso Corral (Santander).



¿Tenéis en vuestra colección todos estos PINOCHOS? Suponemos que sí, y los publicamos, sobre todo, porque son tan bonitas las cubiertas, que resulta, cómo veis, una página preciosa.



Precio de cada tomo, **1,50 pesetas**. Pedidlos en todas las buenas librerías y a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Valencia, 28, MADRID